



## Suplemento Dominical

En Este  
Número:



Satélites  
convertidos  
en

Estrellas  
por Sam Lukas

EL REINADO  
DE LAS  
TRIDENCIAS

Un bosquejo  
de  
Denny Goodman  
por  
Sam Lukas



El Capitán  
Aguila  
Trucutú

Novela en  
serie  
y otras lecturas  
amenas para  
grandes y  
chicos



B. y H.



# FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA

AL IGUAL QUE TODAS LAS COSAS MODERNAS, LOS COSMÉTICOS SON TAN ANTIGUOS COMO LA CIVILIZACIÓN--- Y HASTA MÁS ANTIGUOS, A JUZGAR POR LAS COSTUMBRES DE LOS ABORÍGENES AMERICANOS

LA MÁS ANTIGUA NOTICIA QUE SE TIENE DEL USO DE LOS COSMÉTICOS DATA DE HACE MÁS DE 7,000 AÑOS, EN EL EGIPTO



# Siete cartas a un hombre

por Antonio Ortega

**M**IRÓ y remiró la carta. Temía abrirla. Ella, sola y triste, vivía una lenta vida vacía de toda esperanza. Pasó la mano por la frente desarañándola de un recuerdo doloroso. Suspiró. Detrás de ese puñadito de aire de su suspiro corrieron las lágrimas; lágrimas tibias y densas que conocían los más rápidos cauces del rostro.

Rompió el sobre. Leyó:

“Mi querido Juan: Hace quince días que nada sé de ti. ¡Si supieras qué pena tengo! Cuando te fuiste de Madrid prometiste escribirme nada más llegaras a tu pueblo. Y yo esperé tu carta; la esperé durante todas las horas del día; mas esperé inútilmente porque no llegó. La verdad, no sé qué pensar de tu silencio. Quiero creer que me has escrito y que tu carta se perdió. A fin de cuentas, esto no es difícil. Sería raro... Pero bueno, Juan; comprendeme: yo no sé escribir... Verás: yo quisiera creer cualquier cosa, cualquier cosa menos ésta que me duele por dentro y que no me deja dormir ni hacer nada. ¡Todas las horas del día dándole vueltas a ese presentimiento!

No, tú no eres un hombre de tantos, tú no podrás olvidarme pobre, estúpidamente... Sería una canallada... No, canallada, no, Juan; perdóname. Al fin y al cabo es tan sólo olvidar a una mujer. Es algo feo, si tú lo quieres así; está mal hecho, ¿no? Es indigno de ti, de ti, a quien yo quiero tanto.

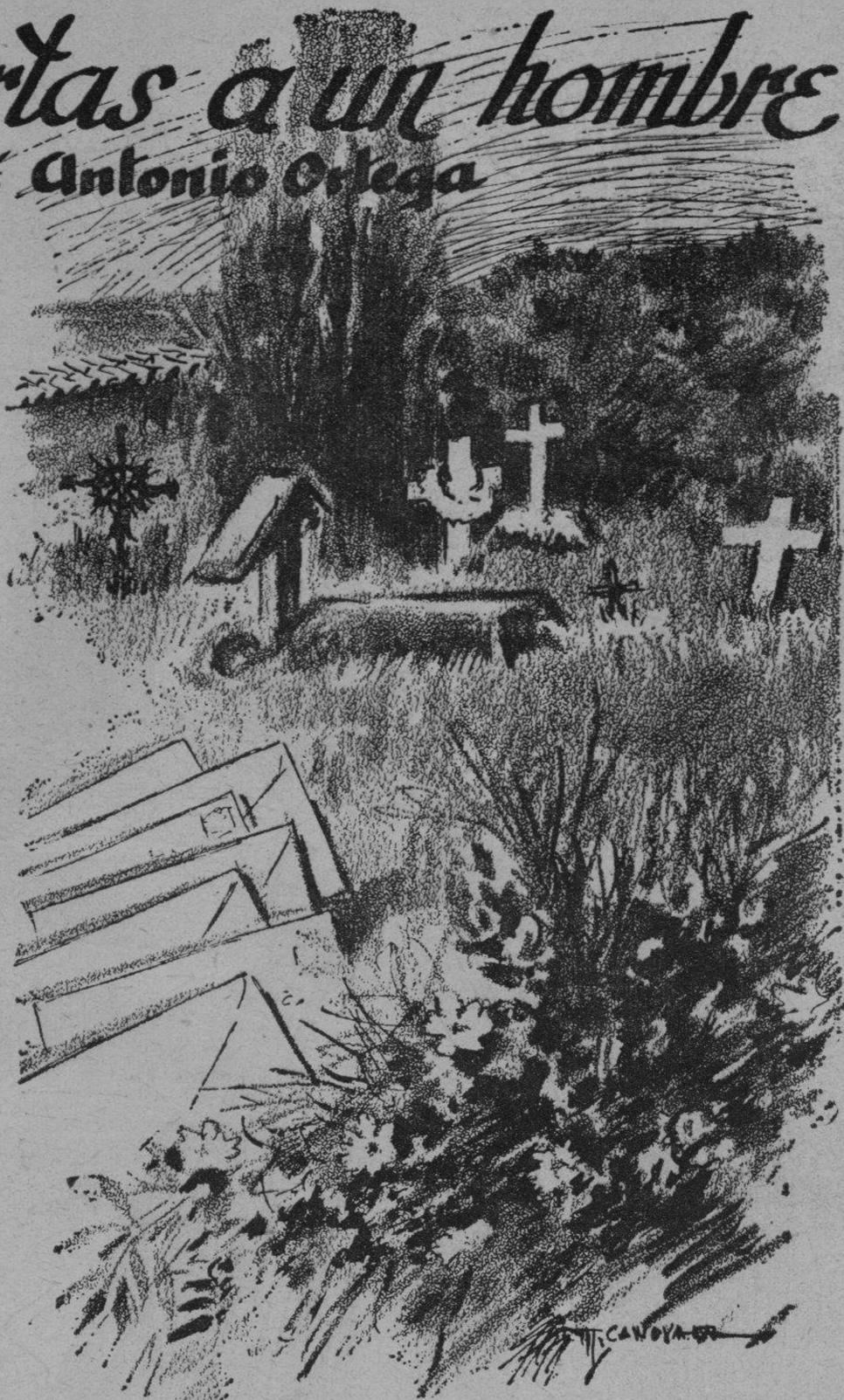
Las amigas son malas. Como quien no quiere la cosa me dan a entender que no volverás por Madrid; que una vez que terminaste la carrera... Pero eso que yo pienso a veces no puede ser, ¿no es verdad?, eso que me dicen ciertas personas no es cierto, lo sé yo; ¡te conozco tanto! Si no me moriría de dolor. Tú bien sabes cuánto te quiero. Tranquilízame. Dime la verdad. Lo que tú me digas, lo creeré. Explicame ese silencio que yo no puedo explicarme. Porque no quiero pensar que hayas podido estar enfermo. Aun siendo así, ¿no hubieras tenido tiempo para ponerme dos letras? Creo más bien que se haya perdido tu carta. Tú tan contento creyendo que yo la había recibido... Pero yo, ya ves, no la recibí. Y soy tan tonta que me angustio pensando cosas imbéciles y faltas de fundamento... Pero bueno, ¡cuántas tonterías te estoy diciendo!; ¿vamos a dejar esto, Juan?

Desde que te fuiste apenas si salgo. Los domingos voy a dar una vuelta por la Moncloa. ¿Te acuerdas de aquel banco junto a las celindas? Fuiste tú el que me dijiste que se llamaban así, celindas, y no cinamomos, como yo las llamaba. Me decías que te gustaban mucho porque te recordaban a tu casa, donde las tenías plantadas detrás de la huerta. Siempre que las veo me acuerdo de ti y pienso que tú también te acordarás de mí cuando las veas.

Voy con Maruchi y Elvira. Ellas son buenas amigas y me tranquilizan mucho. “Ya te escribiré. No seas tonta. Se habrá perdido la carta”. Las pobres, ¡son tan buenas!... El resto de la semana apenas si salgo. Anteayer fui al “ciné”. Ponían una película de esas que tanto te indignan. Una tontería: una chica que quieren casarla a la fuerza...

¡Pero no comprendes, mi Juan, que no puedo contarte nada! Estoy intranquila por tu silencio. Ahora comprendo que debí escribirte mucho antes. Quisiera aparentar tranquilidad, pero no puedo. No vivo más que para pensar en ti. Paso todo el día asomada a tu silencio pretendiendo explicármelo, tranquilizándome con razonamientos infantiles... ¡Esto es terrible! Quisiera correr a tu lado para tener tu mano entre las mías.

Escribeme pronto. ¿Verdad que me sigues queriendo? Con-



téstame a vuelta de correo. o te lo ruego. Si algo me quieres...

Mira si seré tonta, ¡estoy llorando!

Te quiero mucho, mucho, y firmaba la carta lacónicamente, **Maruja**”.

A través de las lágrimas que le quemaban las mejillas acabó de leer la carta. Volvió a leerla.

¡Maruja, Maruja...! ¡Hay tantas Marujas! ¡Si ella supiera dónde vivía Maruja! ¡Dios mío!, ¿cómo no se le habría ocurrido poner las señas? Ella le escribiría una larga carta para explicarle ciertas cosas.

Revolvió entre los papeles de la mesa. Encontró varias cartas de Maruja, de aquella Maruja. Pero sin señas. Le entró una extraña inquietud. No podía hacer nada, no podía preocuparse de nada... Toda su vida, todo el por qué de su existencia estaba condensado en aquella carta, en aquellas líneas impregnadas de un vulgarísimo dolor humano. Leía la carta y los ojos se le llenaban de lágrimas; pero la leía una y otra vez porque en el fondo de su corazón, aunque llorara, esto le hacía bien.

—Se llama Maruja—le decía a la vieja sirvienta—. Vive allá, en Madrid, y es muy guapa. Ya te decía yo que Juan debía de tener algo por allí.

A los tres días recibió otra carta.

“Juan, ¿qué te pasa? ¿Por qué no llegan tus cartas? Esto



no es vida. Tengo miedo a no sé qué. ¿No te da lástima de mi dolor? Escíbeme por lo que más quieras! **Maruja**".

¡Por Dios, que no escribiera más! No, su hijo no la había olvidado. ¡Era tan bueno su hijo! Pero que no le escribiera más. Debía de comprenderlo; aquellas cartas se le clavaban en el corazón. —No, no escribas más, Maruja. El no te olvidó. Era bueno y sencillo como tú le creías. Pero ya ves...

Luego iba a la cocina y le leía la carta a la cocinera. —¿Ves, Hortensia? Pues otra vez la señorita de Madrid que le escribe.

Ya se lo decía yo a Julia, le quiere mucho. ¡Es tan guapa esa chica!

Ocho días después recibió otra carta. No quería abrirla. Pasaría toda la tarde llorando y le vendrían las ganas de echar fuera de sí aquellos gritos que se le hinchaban en la garganta. Todo aquello no tenía remedio. Pero... ¿y si traía las señas de Maruja? Con dedos temblorosos rasgó el neta.

"¡Por lo que más quieras, Juan; dime algo! No puedo vivir con esta inquietud. Va a hacer un mes que no te veo. Si es que no me quieres... ¿Es que mis cartas no llegan a ti, ¿Eres capaz de olvidarme en unos días? ¿Fué todo mentira? ¿Todo, Juan? No hago más que llorar. Me moriré de pena. Yo no puedo olvidarte. Tú me has querido; pues bien, por aquel cariño de entonces yo te ruego..."

Así cuatro carillas llenas de inquietud y de pena.

La madre se indignó. Pero no por esta carta, sino por otra que recibió a los ocho días justos de ésta. Decía:

"Juan: He sido una infeliz al no poder creer lo que me decían determinadas personas. Has destrozado mi vida. Un hombre, cuando deja de querer a una mujer, se lo dice a la cara noble y valientemente. Eres, no sólo un canalla, sino también un cobarde. No tan siquiera te atreves a mostrarme por carta la ruindad de tu corazón. ¡Pobrecillo! Te desprecio por todo lo que eres, y me desprecio a mí misma por haber sido capaz de haberte querido un poco.

Por lo demás no te deseo ningún mal. Que seas feliz".

¡Otra vez Maruja! Pero ¿cómo no lo comprendía aquella muchacha?: Juan había muerto. Sí; a los pocos días de llegar a Madrid. Cogió frío, empezó a delirar... Murió sin sentirlo, como si le hubieran pegado una puñalada en el corazón. La madre, ahora, estaba sola en aquella casona grande y helada.

¡Fué tan estúpido! Cogió frío y se murió. ¡Como si el cogido fuera razón suficiente para morir! ¡Dios mío, y aquella Maruja que no se hacía cargo de nada! Ella sería una cualquier cosa cuando tan mal pensaba de los demás. Pero, no; ¡la pobre...

El caso era éste: se había muerto. ¿Cómo iba a escribirla? No tuvo tiempo para nada, ni para confesar. Parecía que tenía prisa por morir. Le dolía la espalda y se echó en la cama, empezó a delirar, a delirar... Le ardía la cara y se le había hundido los ojos. Temblaba como si tuviera frío. Apenas si duró cuatro días. Aun estaban las zapatillas de él en el paquetito de la maleta. La madre no quería tocarlas porque le daban mucha pena. Allí estaban también dos trajes, la máquina de afeitarse, unos libros y el despertador...

Lloraba. Se ponía ronca de llorar. Aquello sí que no era vida; ¡Y Maruja se creía con derecho a insultarle! ¿Y habían sido novios durante mucho tiempo? ¡Qué poco le conocía! Juan era bueno, bueno y sencillo. Tenía veintitrés años, pero era como un niño. Estaba siempre riéndose, silbando... ¡Era más fuerte! Era capaz de estar nadando durante tres horas. Hasta se bañaba en el mar por el invierno. Corría que daba gusto verle correr. Jugaba con los chiquillos de los caseros como si él mismo fuera otro chiquillo. Tenía veintitrés años y era médico. Ahora estaba allí, en el cementerio, en aquel cementerio pequeñín en el que casi no había los muertos, cara al mar, bajo unos cipreses graves y rígidos como paraguas cerrados.

"Señorita Maruja X. Madrid. Juan no pudo escribirle porque murió el 17 de junio, a las seis de la tarde. Piensa usted mal de Juan. Yo no la conozco a usted, pero cuando él la quería yo también la quiero. Creo que Juanín me habló de usted en algunas ocasiones, cuando yo le preguntaba si tenía novia en Madrid. Nunca me quiso decir su nombre. Se reía con aquella risa sana y él y me decía: "Es muy guapa. Ya la conocerás". Yo sospecho que se refería a usted. Ahora se explicará usted por qué él



pudo escribirla. No tuvo tiempo para nada. El era muy bueno, como usted dice en su primera carta. Pero en la última que le mandas le insultas, y eso está mal; compéndelo, Maruja. Tú, que le conocías. ¡Cómo puedes creer que él fuera capaz de olvidarte! Todavía no desempaqueté su ropa de la maleta. Me huele a él. Yo estoy sola aquí. Era mi único hijo. Yo no fui feliz en mi matrimonio, y solamente él... Debieras de venir conmigo a pasar unos días. Pedirías permiso en tu casa y yo te enseñaría las celindas de que él te hablaba; conocerías sus juguetes de cuando era pequeño, pues todo lo guardo... Tengo retratos de cuando él era chico...

Ahora me hago cargo de que te estoy tuteando; perdóname. Es que estoy llena de pena, y como sé que tú le querías no puedo contenerme. Si vinieras unos días conmigo, Maruja...

Pero, ¿a dónde iba a mandar esta carta? Ni tan siquiera sabía el apellido de Maruja. Y luego ¡a Madrid! ¡Madrid es tan grande!

La otra carta llegó exactamente a las cuarenta y ocho horas de recibida la anterior.

“Juanín: Perdóname que haya dudado de ti. Hace dos días te mandé una carta que nunca debí haber escrito. Que ni tan siquiera debí haber pensado. Pero hazte cargo: yo estaba sola y llena de angustia. Ciertas personas que no quiero nombrar me contaban muchas cosas... ¡He sido tan desgraciada estos días! Nunca lo podrás saber bien. Dudaba y no dudaba de ti. En un momento dado estaba tan segura de tu amor que me dejaría morir sólo por oír mi nombre en tu boca; pero a la vuelta de ese momento estaba la incertidumbre, esta espantosa incertidumbre que me come por dentro. Luego la certeza, la nítida certeza de ser cierto todo lo que me dicen. “Juan no te quiere; ¿hubiera tardado tanto en escribirte si no...?” Y otra vez a sufrir y a desesperarme. Y luego otra vez a creer en ti. Y luego otra vez a dudar.

¡No puedo más! Se me saltará el corazón si esto continúa así. Estoy enferma, erizada de angustia. Cada vez que suena el timbre de la puerta se me para el corazón. ¡Carta de Juan! ¡Telegrama de Juan! Pero no son noticias de Juan. Es un chico con

unos zapatos. O la muchacha del primer piso. “¿Qué te pasa—me pregunta. Y lloro, lloro sin saber ciertamente por qué. Empiezo a llorar por ti, por tu culpa, y después continúo llorando por todo: porque me da lástima de mí misma, porque no me quieres, porque voy a ser desdichada toda la vida, porque me voy a morir de pena...

Juan, tú eres bueno, yo sé que eres bueno... Tú me has querido; eso lo sé yo también. Un poco de amor siquiera... ¿No es cierto que me has querido un poco? Pues bien, por ese amor, por ese pedacito de amor de entonces yo te pido una sola cosa: la verdad, tu verdad; la razón de tu silencio.

Yo te juro, por lo que tú quieras que te lo jure, que en cuanto yo reciba esa carta, esas dos líneas tuyas, callaré para siempre; callaré sin hacerte reproche alguno, sin exigirte que me expliques nada. No te diré nada; no he de gritarle palabras tristes a tu desamor. Todo lo que tú hayas decidido lo aceptaré sonriendo: amándote. Yo me resigno ante esa decisión tuya que no conozco. Lo que tú me digas lo haré. Me dices que no te escriba más, que todo terminó entre nosotros, y yo te juro que de mis labios no saldrá una sola palabra de censura a tu proceder. Yo me humillo ante ti para pedirte esa verdad...

Fíjate bien: yo no te pido nada, no te exijo nada. Yo te ruego, de rodillas, que me pongas dos letras que me digas algo, nada más que algo... cualquier cosa. Dime si es así, que no me quieres. Que yo sepa de ti. Esta incertidumbre es peor que la más espantosa certeza.

Te quiere, ¡bien lo sabes!, Maruja”.

¡Pero no comprendes muchacha que Juan ha muerto! Cogió frío, y él, que era tan fuerte, se murió. Se murió el 17 de junio a las seis de la tarde. Era martes. El miércoles le enterraron. En la cartera tenía un retrato suyo muy pequeñito. Casi no se te puede ver, Maruja; pero yo sé que eres tú. ¡Cómo va a contestarte el pobre! Yo, su madre, te escribiría contándotelo todo. Pero no sé tus señas, no sé tu apellido, los amigos de Juan no te conocen... Todos dicen “Sí, andaba con una chica...” Pero no saben más. Yo sólo sé que te llamas Maruja y que vives en Madrid. Compéndelo, yo también me muero de pena. No tenía más que a ese hijo. Era fuerte y bueno. ¡Si vieras cómo saltaba y corría!

Yo no he sido feliz. Mi marido no me quiso. Yo era una niña y me casé con aquel hombre, que nunca deseó comprenderme, engañada por las mismas palabras que a él le engañaron. El deseaba querer a alguien, pero sólo se quería a sí mismo. Tenía sus amigos, sus diversiones... Yo le quería. Sola, en casa, lloraba por él y por mí; por todo lo que pudo existir entre los dos. Porque para mí él lo había sido todo. Era fuerte y terco, bueno y díscolo, cariñoso y frío. Era egoísta. Yo era una mujercita tímida y callada. Tal vez no valiera gran cosa. La verdad es que él valía más que yo. El lo sabía. Se esforzaba por ser amable; quería convencerme de lo que él no estaba convencido. Me trataba con una amable dulzura indiferente que yo nunca le perdoné. A ciertas personas





nunca podremos perdonarles que nos toleren. No sabía de qué hablar con él; valía más que yo. Le contaba las cosas menudas de la casa y me oía atento, pero sonriéndose. Fué siempre ajeno a mí. Le tenía miedo y respeto. Sabía descubrir al instante mis más ocultos pensamientos. Un día cayó enfermo. Me llamó y me dijo, cogiéndome una mano entre las suyas: "No te separes de mí". Y yo lloré de alegría besando aquella mano que apenas oprimía mis dedos y que entonces necesitaba de mí. Pero sanó y todo volvió a suceder como antes. Así durante cinco años.

El estaba siempre triste. Era de esos hombres que creen merecerlo todo en la vida y no se contentan con lo poquito que la vida suele darnos. Era de esos hombres que creen que todo lo que les rodea ha sido especialmente creado para figurar a su alrededor. Para ellos el manzano elabora sus frutos para que sus dientes los muerdan; los claveles dan sus flores para perfumarles la habitación; las vacas paren terneros para que ellos se los coman; el sol arde en el cielo para calentarles... Yo vivía en sus alrededores y para él fuí uno de tantos seres creados para su satisfacción. Una manzana, un clavel, un ternero, el sol y... yo. Al principio me quiso por curiosidad. Se asomó a mí, con los ojos bien abiertos. Nunca me perdonó que fuera tan sencilla. Le extrañó que yo pensara por mi cuenta; le molestó que yo tuviera formado un concepto—cualquiera—de la vida; y como este concepto mío difería en parte del suyo, lo consideró inferior (tal vez lo fuera), y desde entonces dejó de interesarse por mí y se sonreía siempre de mis cosas—como él las llamaba—dándome cariñosos golpecitos en la espalda o despeinándome con una fría ternura inaguantable.

Te cuento esto, Maruja, para que comprendas todo lo que yo perdí al perder a mi único hijo.

Porque por entonces—a los cinco años de casados—nació Juan. Y luego—tres años después—murió su padre.

—Mira, Hortensia, es casi seguro que para la próxima carta

de la señorita Maruja sabremos sus señas. Se le ocurrirá ponerme las. Yo entonces se lo contaré todo y la invitaremos a pasar unos días aquí. Vendrá todos los veranos a pasar conmigo dos meses. Pasearemos por la huerta, por entre las celindas que plantó Juan. Iremos al cementerio a llevarle claveles... Bueno, tú ya puedes prepararte a estudiar el libro de cocina que te compré la semana pasada. Siempre pones lo mismo, y esas chicas de Madrid están acostumbradas a comer bien. Te digo esto por ser verdad; no te ofendas por ello. Vivimos metidas en el pueblo y vamos convirtiéndonos en unas aldeanas. Bueno, te dejo, pues; voy arriba a escribir a la señorita Maruja, pues es casi seguro que en la próxima carta me mande las señas. Ya sabes; tú pondrás primero el telegrama ese. Vas con Manuel al pueblo y pones el telegrama urgente anunciando mi carta.

Y la madre subía a su habitación a emborronar pliegos y pliegos de papel. Preparaba la falsilla, ponía pluma nueva en el mango, la chupaba concienzudamente antes de hacerla picotear en el tintero, se inclinaba sobre la cuartilla...

A la hora aparecía Julia, la muchacha, con los ojos brillantes de lágrimas, y le decía:

—Señora, deje de escribir. Ya escribiré después. Baje a comer un poquitín. Va a enfriarse la comida.

—Espera, voy a terminar esta carta.

"...y yo ahora estoy sola en esta casona grande y me moriré de pena para cuando llegue el invierno. El venía de vacaciones por las Navidades. ¡Eran los días tan largos cuando Juan no estaba en casa! Pero ahora ya no ha de volver nunca. Le esperaré siempre, le esperaré; pero no vendrá. Es más dulce tu pena, Maruja. Tú, a veces—aunque tan sólo sea a veces—tienes fe en él. Yo no puedo tener fe; lo sé todo. ¡A veces hasta dudo de Dios! Ando por esta casona como buscando algo. Parece que estoy dormida o que he perdido cualquier cosa que no sé dónde la puse. Luego tus cartas me hacen daño. Dudas de él, le insultas... Después te entra el remordimiento..."

La madre sentía ahora una callada angustia. Hacía tiempo que Maruja no escribía. No, no es que deseara la llegada de sus cartas...; más bien se alegraba de ese silencio. A fin de cuentas... Sí; aquello estaba definitivamente terminado. Pero, al mismo tiempo le dolía que Maruja se callara de ese modo. "Le ha ol-

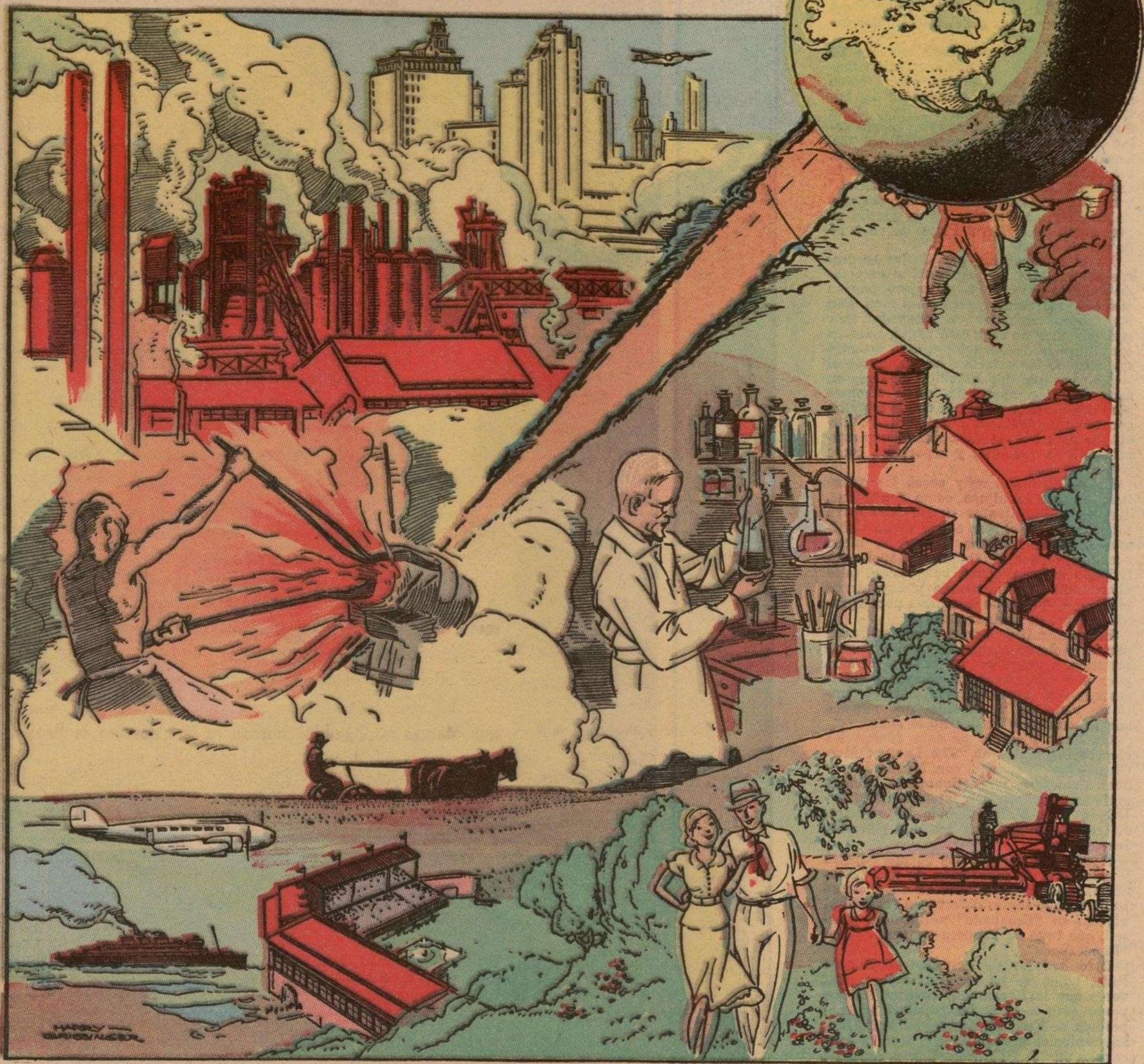


vidado—se decía—. Ya no se acuerda de él". Y notaba que su pena se ensanchaba, se hinchaba... Le dolía que olvidasen a su hijo tan pronto. Ella no le olvidaría nunca. ¿Podría acaso olvidarle? Toda su vida fué aquel rapaz que se murió de pronto como si le hubieran dado una puñalada en la garganta. Siete, ocho, quince años... Veinte, veintitrés. El hijo. Y luego, toda su vida, fué él. Ella no vivía. Vivía Juan.

Juan: sarampión, escarlatina, difteria. Después, el bachiller: latín, historia de España, química. Luego, Madrid: la carrera. Y durante todo este tiempo, durante veintitrés largos años, Juan fué el único motivo de su vida, la única razón de sus alegrías y de

**CONTINUA EN LA PAGINA 11**

# DOS CAMINOS hacia el futuro



Por PABLO GUARDIOLA

La humanidad tiene ante sí dos caminos hacia el futuro: el de la paz y el de la guerra. En este artículo se analizan los conflictos armados que parecen inevitables y pudieran encaminar a los hombres por la pendiente de su perdición.

unas contra otras, invirtiendo sumas astronómicas en la fabricación de armamentos, unos armamentos destinados a la destrucción del género humano. Una vez más se concertan alianzas y se provocan incidentes, uno de los cuales puede resultar la chispa que encienda la hoguera en que se sacrificará al hombre.

VARIOS son los conflictos que parecen inevitables y pudieran encaminar a la humanidad por la pendiente de su perdición: uno de ellos es la guerra entre Alemania y Rusia, esa guerra que anti-

cipa Hitler en su libro "Mein Kampf".

Cuando se habla de armamentos se menciona siempre a Alemania e Italia como las naciones que han lanzado al mundo a esa alocada carrera que las está arruinando. Sin embargo, la realidad es que ha sido Rusia la iniciadora de los grandes programas de armamentos, unos armamentos que pretendía necesitar para su lucha de ideas con el mundo.

Rusia es el obstáculo mayor que se opone en el camino de una conferencia del desarme, que terminaría con la actual insania de la preparación militar. Por

eso es de suponer que en cuanto termine la guerra de China con la victoria de las armas niponas y se establezca en la inmensa nación asiática el gobierno de testarferos nativos que ya se anuncia, Alemania se lanzará a la aventura de la guerra con Rusia, para la cual contaría con la ayuda del victorioso Japón.

Hitler pudiera iniciar la guerra contra Rusia bombardeando por sorpresa a Moscú y destruyéndolo en unas cuantas horas. La devastación que produciría esa guerra sería incalculable y el principal factor en la victoria de uno de los dos bandos, sería la aviación. El coronel Lindbergh ha dicho recientemente que la aviación alemana es, por todos conceptos, muy superior a la rusa.

Para su guerra contra Rusia, Alemania encontraría poderosos aliados en Italia, Japón, Polonia y otros países centro europeos y balcánicos.

Si otras naciones intervinieran del lado de Rusia, la furia del conflicto aumentaría considerablemente, hasta el punto de hacer indecisa por mucho tiempo la victoria. Inglaterra y Francia, y quien sabe si hasta los Estados Unidos, podrían colocarse al lado de los rusos, en una lucha a muerte contra el fascismo que amenaza sus respectivos imperios.

Al iniciarse el año 1939, dos caminos tiene ante sí la humanidad doliente: uno es el de la paz, con todo lo que ella significa: el trabajo en la fábrica y en el laboratorio; la recreación en los campos; el entretenimiento en el teatro o el estadio deportivo; el viaje de placer en el vapor o el aeroplano y, por encima de todo ello, la vida dulce del hogar y el amor santificado por los hijos.

El otro camino, el camino de la guerra, quiere decir dolor y desolación, pestilencia y muerte. Los cuatro jinetes del Apocalipsis, serían esta vez más crueles, más terribles que nunca, porque en sus manos andaría el hombre nuevos rayos mortíferos hasta ahora ignorados. El horror de la guerra de los explosivos sería pálido ante el horror de la guerra de las bacterias y los microbios. Las ciudades enteras serían arrasadas y las mujeres y los niños—que respetaban los combatientes de la Edad Media—morirían por millares.

Debemos esperar que en el mundo se pondrá la espalda a los peligros de una nueva conflagración que incendie el universo. Una vez más las naciones se movilizan

**H**OLLYWOOD — Las oscuras actrices que al enfermarse súbitamente la estrella toman su papel, salvan la película y se hacen famosas de la noche a la mañana, son en realidad legendarias Cenicientas de carne y hueso.

Ahora, las que en Hollywood acarician sueños de grandeza, no necesitan esperar a que la estrella se enferme: su oportunidad se presenta cuando la consagrada, bañada en su luz estelar, dice llena de petulancia a los productores: "No me gusta ese papel."

En estos momentos buen número de actores y actrices de menor cuantía, muchos de ellos desconocidos, están, como se dice vulgarmente, poniéndose las botas, a causa de esta frase airada. John Payne canta por Dick Powell. Lloyd Nolan asumirá el papel principal en "St. Louis Blues" en lugar de George Raft. Isa Miranda y no Marlene Dietrich es la que hará de estrella en "Hotel Imperial" y los famosos hermanos Warner, después de descubrir a Jeffrey Lynn, ya no se preocupan de si Errol Flynn se va o no de pesca.

En la inmensa mayoría de las empresas comerciales, la respuesta al empleado rebelde es: "Vaya al cajero por su sueldo y márchese," pero en el cine, aun los mismos estudios se preguntan por qué con ellos no reza esta regla, pues es muy duro ir de un actor a otro después que una de las estrellas ha rechazado el papel, ya que los estudios rivales, en aras de la competencia, están siempre muy dispuestos a quedarse con la estrella, con temperamento, altanería y todo. Por este motivo los estudios tienen que sonreír ante la rebeldía, y soportarla como mejor pueden.

En realidad son muy pocas las estrellas, tanto masculinas como femeninas, que en sus contratos tienen base para rehusar un papel que se les ofrezca. Algunas, como Bárbara Stanwyck, dicen suavemente que no toman el papel, prefiriendo acceder a una suspensión, pero otras toman la vía airada y hay tantos medios de salirse de una parte poco agradable como de cocinar patatas.

Estas negativas son a veces causadas por un violento ataque de temperamento artístico, a veces por un criterio errado, pues son muy pocos los actores y actrices que son capaces de ver, bajo el punto de vista de la taquilla, qué papeles son adecuados y cuáles no lo son.

Un buen ejemplo de esto fueron los elencos originales de "The Last of Mrs. Cheney" y "Parnell", con Myrna Loy y Joan Crawford, respectivamente. Ambas artistas quedaron descontentas de la selección y la Metro cambió los papeles. El resultado fué que las dos películas fracasaron.

Myrna Loy desechó dos buenos papeles y estableció la reputación de dos desconocidas que la sucedieron en ellos: Luise Rainer, cuyo inglés defectuoso encantó al público en "Escapade" y Rosalind Russell, que tuvo su primera oportunidad en "Rendezvous".

Otro hacedor de estrellas es George Raft, quien se ha extralimitado tantas veces que la Paramount tuvo al fin que poner coto a ello. La popularidad casi perdida de Fred McMurray aumentó considerablemente después que tocó la concertina en "The Princess Comes Across", y Jack La Rue comenzó su brillante carrera de villano con "Story of Temple Drake", papeles ambos rechazados por Raft.

Lloyd Nolan, que sucedió a Raft en "St. Louis Blues", había sido utilizado como amenaza en varias ocasiones anteriores, una en "Souls at Sea". El caprichoso Raft protestó desesperadamente durante varios días alegando que el drama intenso no era para su tipo, pero al fin aceptó. Esta película le proporcionó las notas más altas de su carrera y prontamente decidió que el drama intenso era su fuerte. Por consecuencia, cuando se le propuso el papel ligero de maestro de ceremonias en "St. Louis Blues" lo rehusó redondamente, y la Paramount, cansada de discusiones, escogió a Nolan para él.

CON modestia digna de elogio, estas subestrellas no se vanaglorian de su buena suerte, pues comprenden que no es ni práctico ni comendable hacer cacareos. Tampoco se sienten humillados por ocupar el segundo lugar en la selección. Jeffrey Lynn, en efecto, todavía se siente algo aturdido por haber obtenido el papel que se destinaba al galán más atractivo de la Warner, Errol Flynn, pero confía en que el halo luminoso permanecerá alrededor de su cabeza.

En este caso, las razones para la reyería fueron un yate y una actitud de despreocupación absoluta, factores ambos propiedad de Errol Flynn, quien deseaba seis meses de vacaciones en el mar, lu-



Cuando Errol Flynn se fué de vacaciones en su yate, Jeffrey Lynn, un novato, obtuvo un papel que estaba destinado al otro en la película "Cuatro Hijas", con Rosemary Lane, que es quien lo acompaña en la fotografía, y sus hermanas.

**POR SAM LUKAS**

Anunciada como digna sucesora de la consagrada Marlene Dietrich, Isa Miranda ha debutado en Norteamérica haciendo un papel que no quiso aceptar la otra . . . El gran número de películas que está filmando Ginger Rogers, hizo posible que Anne Shirley — en el círculo — alcanzara su oportunidad.

Lynn sentía preferencia por la comedia ligera y vivaz.

Procedente de una pequeña ciudad de la Nueva Inglaterra, Lynn ha sido atleta de colegio, dependiente de almacén, vendedor, portero y anunciador de cine, maestro de inglés y algo más, en sus veintiocho años. Entre uno y otro empleo ha sido aficionado al teatro, estudiando en una escuela de declamación de Nueva York, cómico del Teatro Barter y actor secundario en obras teatrales de Broadway, pero de ningún modo perdía representación.

Su suerte mejoró algo cuando obtuvo el papel de villano en la primera compañía que salió en gira teatral con "Brother Rat," gira que tuvo buen éxito, aun en Hollywood. Terminada ésta volvió a la capital del cine con un contrato de Warner Brothers.

Por otra parte, la aparición de John Payne en el lugar de Dick Powell no se debió a medidas correctivas, pues este último todavía se halla en muy buenos términos con los Warner, pero en una película rehusó tomar el papel que seguía al de Pat O'Brien en "The Garden of the Moon". Para ello fué necesario encontrar un buen cantante y, por increíble que parezca, fué hallado en el estudio mismo.

Hasta entonces, la única publicidad que se le había dado a John Payne fué la de su casamiento con Anne Shirley, que ocasionó excelente material para un buen agente de prensa aunque esta publicidad no fué nada agradable para el novio ni para la novia. Payne comenzó a cantar desde niño y más tarde hubo periodos en que el hijo de una orgullosa familia del Sur fué guardián del orden en varias tabernas de Nueva York, administrador de un salón de billar y escritor para las revistas de novelones. Su afición al canto le hizo ingresar un verano en una compañía teatral, cantando en una revista, y de ahí fué a Hollywood.

Los Warner, siempre alertas para descubrir todo talento juvenil, le contrataron tan pronto como expiró su convenio con la Paramount. Cuando el cantante Powell decidió que el papel de director de orquesta era poco para él, Payne lo asumió quedando tan bien que ahora tiene la parte principal en "Wings of the Navy", aunque ni siquiera canturrea aquello de "¡Levad anclas!".

Al otro lado de la capital del cine, con la RKO, la Srta. Payne, conocida unas veces por Dawn Paris, y otras por Dawn O'Day o por Anne Shirley durante su carrera, tiene tan buena suerte como su marido. Se le había prometido un papel secundario con Ginger Rogers en "Mother Carey's Chickens", pero como la bailarina tenía que hacer cinco películas este año, fué necesario eliminarla de una, y ésta fué la oportunidad para Anne Shirley. A su vez, Rubv Keeler, ausente de la pantalla por largo tiempo, asumió el papel que la Shirley dejó vacante.

EN la Paramount una deliciosa importación rubia se prepara a ocupar el lugar de Marlene Dietrich, y de ella espera la empresa relaciones más apacibles y menos resonar de patadas iracundas: Isa Miranda, parecida a la estrella alemana, pero de disposición más suave y muy vivaz, se mantiene oculta tras una valla de diccionarios italianos e ingleses desde que llegó de Europa hace un año, consagrada ya estrella de la pantalla continental.

Hará su primera aparición americana en "Hotel Imperial", que se había destinado a la Dietrich, a quien no gustó el papel, especialmente porque al principio de la película es una entretenida, aunque en el resto se convierte en afortunada Cinderella.

En el mismo estudio otro rechazo dió a Dorothy Lamour su primera oportunidad en el drama, en "Spawn of the North". Este papel fué ofrecido a Carol Lombard, pero después de comparar ésta su actuación en la película con la de la foca "Slicker", declaró que "no quería secundar a una foca."

chando con los tiburones y con los piratas que pudieran quedar fuera del cine. El estudio estaba dispuesto a concederle solo tres semanas.

Pero el rebelde y romántico galán se dió al mar y no retornó hasta que le vino en gana. En el interim el estudio le necesitaba y le buscó un substituto.

Para un joven tímido como Jeffrey Lynn, el verse blanco de las saetas amorosas de las tres hermanas Lane y de Gale Page era algo más de lo que se atreva a arrostrar, a pesar de su buena estatura, su esbeltez, sus ojos azules y su tipo completo de galán cinesco, pues

**SATELITES**  
Convertidos en  
**ESTRELLAS**

# EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE

¡ORO, ORO, ORO!  
ORO POR TODAS PARTES.  
ES TAN COMÚN EN LA ISLA  
QUE NO HAY NI QUE  
TOMARLO

PARA ESO PRECISAMENTE  
CONSTRUÍMOS UN BOTE. NOS  
IREMOS A UN LUGAR  
DONDE PODAMOS  
GASTARLO.

¡SILENCIO! AHÍ VIENE LA LADRONA  
PELIRROJA. ¡Y AQUÍ NO  
CABEMOS MÁS QUE DOS!

¡QUE SE  
VAYA AL  
DIABLO! YO  
NO CONFÍO  
EN ELLA!

¡HOLA, MUCHACHOS!  
¿QUÉ ESTÁIS  
CONSTRUYENDO?

UN ABREVADE-  
RO PARA EL  
GANADO.

¿ABREVADERO CON UNA VELA? ¡EMBUS-  
TEROS! ¡TRATAIS DE ESCAPAR! ¡SI  
PENSÁIS EN DEJARME ATRÁS ESTÁIS MUY  
EQUIVOCADOS!  
¡ESTÁIS LOCOS!

¡ES CIERTO,  
CHICA, ESTAMOS  
LOCOS!

¡TU QUERÍAS RIQUE-  
ZAS, AHORA AHÓGATE  
EN ELLAS!

¡SOLICITA  
AYUDA!  
¡SOCORRO!

¡APRISA! ¡APRISA! ¡COGE LAS  
PROVISIONES! ¡LANCEMOS EL  
BOTE!

¡ALTO!

¡LO LAMENTO, CHICO,  
PERO NO TENEMOS  
TIEMPO!

¡BOPI!

¡HUYEN DE LA  
ISLA DEL PARAÍSO!  
¡DETÉNGANLOS!

¡DETÉN-  
GANLOS!

¡A TODA VELOCIDAD!  
¡AL DIABLO CON LOS  
ARRECIFES DE CORAL!

¡BANG!  
¡BANG!  
¡BANG BANG!

¡BRAVO,  
YA SALI-  
MOS!

TRES  
DÍAS  
MÁS  
TARDE.

ESTO SI QUE ES VIVIR, AGUILA. PROVISIONES  
Y AGUA PARA UN MES. TODAS LAS COMODIDADES  
DE UNA CASA. NOS GUIAREMOS POR LAS ESTRELLAS  
Y DENTRO DE POCO LLEGARE-  
MOS A LAS FILIPINAS

TODAVÍA  
CREO QUE  
OLVIDAMOS  
ALGO

¡NADA DE ESO!  
HASTA ME HE TRAÍDO  
UN AJEDREZ PARA PASAR  
EL TIEMPO

¿Y EL  
ORO,  
TRAJISTE  
ALGO?

¡ORO! ¡RAYOS Y CENTELLAS!  
¡EL MALDITO METAL ERA TAN  
INÚTIL EN EL PARAÍSO, QUE  
ME OLVIDÉ DE ÉL!

¡QUÉ  
IDIOTAS!  
TRAJIMOS  
AJEDREZ, PERO  
DEJAMOS  
TONELADAS DE  
ORO!

por haber sido sorprendido en flagrante delito de robo.

—¡Vas a echar de menos Cayena, querido!

—¿Estabas bien alimentado allá? ¡Tenías tabaco! Hasta tal vez una muchacha. Aquí vas a echarlo todo de menos.

En Roches todo el mundo se llama de la misma manera: el señor Pocafortuna.

El llamado Lanniau solicita aparte a Crabelli:

—¡Aquí tienes hasta que pedir permiso para sudar!

Con los ojos alucinados Lanniau le ha comunicado su ironía medio demente. Después, en un suspiro:

—Campo de las Rocas; ¡mortalidad del 28 por ciento! Dime, eh, nuevo, ¿tienes «frío»? (dinero). ¿Podríamos intentar la evasión de la «bella».

Crabelli, en su plan —por todo forzado tiene uno en las entrañas— no quiere entender eso del «frío».

Mil ochocientos francos. No en billetes del país, que no circulan en la Guayana. ¡No! En billetes del Banco de Francia, que circulan por todas partes como se sabe.

Lo exacto para pagar los materiales y la complicidad de una evasión.

#### Un cuchillo en el vientre

Inscrito sobre el efectivo Lanniau agarra con sus manos duras al forzado «de lujo»; su pico toma lugar en las filas destinadas al trabajo.

Apenas han pasado los ocho días, y ya Crabelli, muy amable, se parece a los restantes forzados que, bajo el ojo negro de las carabinas, cumple sus obligaciones. Un solo punto le diferencia de sus compañeros de miseria: el silencio feroz en el que se encierra y que me lleva, por mi parte, a concederle un mínimo de consideraciones, hasta el extremo de preguntarle acerca de cierto rumor que llega a mis oídos:

—¡Crabelli: desconfía de Lannieu y de su banda! No agrave su caso dejándose llevar...

—No tengo dinero, jefe ¡Gracias de todos modos!

No podía imaginarme un drama parecido.

Estalló, rápido fulminante en el curso de una vuelta del bosque, al borde de la selva.

—¡Socorro!

Volví la cabeza. Había escuchado bien, pero no se veía nada.

—¡Socorro!

Era Crabelli el que llamaba. Adiviné seguidamente: Lannieu, ayudado por dos de sus amigos, llevó al «novato» al bosque, aprovechando un instante en que sus miradas estaban ocupadas en otra dirección. Habían desaparecido. Precipitámonos en la dirección de donde partían los gritos observé el espectáculo que se ofreció a mis ojos que me obligó a preparar inmediatamente la carabina. Los tres amigos de Lanniau sostenían a Crabelli contra el suelo y Lanniau acababa de hundirle su cuchillo en el vientre.

—¡Arriba las manos!

Los tres penados se inmovilizaron con sus brazos levantados. Uno de ellos esbozó un gesto. Hundir un pedazo de hierro en el cuerpo de un hombre sólo para conocer su plan, depasaba los límites —bastante ásticos— del presidio.

Salvado por los médicos del Hospital de Cayena, Crabelli sufrió la confiscación de su dinero. Lanniau y sus compañeros



EN LA PARTE SUPERIOR: Según dice Villanova, una de las causas de numerosas evasiones, es la carencia de justicia en el trato a los presos de la Isla del Diablo. Mientras unos viven bien, he aquí estos parias medio desnudos. AL LADO: Un privilegiado, que puede deambular por Cayena, para el cual el castigo no es más que una imagen relativa. POR ULTIMO: El doctor Bougrat, quien no pudiendo soportar la promiscuidad del presidio, escapó, logrando establecerse en Venezuela, donde ejerce su profesión de médico con el beneplácito de todo el mundo, incluyendo el de las autoridades.

escaparon del verdugo en las «fosas de los osos» de la reclusión de San José donde, incluso, los más duros conocen la rigidez y desesperación que les hace maldecir el día de su nacimiento.

#### La lepra, es cosa espantosa...

Durante largo tiempo he vigilado estos detritus humanos ubicados en el islote de los Leprosos.

No tengo la intención de referirme a los médicos, a los enfermeros que de manera heroica viven en contacto con estos muertos vivos ¡Quiero decir las cosas tal como son!

Los leprosos están en una isla. Yo en tierra firme. Entre nosotros median las aguas amarillas del Maroní.

Todas las mañanas, acompañados por los «llaveros» Merouaní y Belkem, hago la travesía en piragua. Los aislados me esperan en la orilla del río, con sus rostros tumefactos, su piel rojiza y sus olores fétidos.

—Buenos días, jefe. Gível murió la noche pasada.

—¡Paz a su alma!

La caída de Gível deja un lugar vacío. Prosigue la construcción de otros. Inmediatamente iniciarán su desayuno, y la construcción de un cementerio de Baubues dentro de un recodo medio lleno de

agua —hay aun una docena de fosas abiertas,— donde otra fosa acogerá al penado Gível, que cogió la enfermedad por sus contactos frecuentes en la isla.

Inútil establecer un inventario de sus bienes. Sé que los amigos del muerto se han repartido sus pollos y sus recuerdos personales. Sé que uno de ellos hasta bailó sobre el vientre del cadáver...

Los presos leprosos son los reyes del tráfico —trafican en todo— de Cayena a San Juan, surcando la costa, donde tienen sus intermediarios, donde compran y venden para ellos.

—¿De qué?

—¡De todo! y aún otras cosas.

En los arbustos que cierran su islote, los leprosos poseen piraguas sumergidas. De tiempo en tiempo se van en grupos de dos o tres —y por las noches— al otro lado del Maroní: a Albina, en la Guayana holandesa. Entran en casa de un joyero:

—Los evadidos de la selva nos han proporcionado algunas pepitas de oro ¿Usted las compra?

Vueltos a su islote —siempre vuelven— cuentan su dinero, ese dinero que hará desvanecer la repugnancia de ciertas mujerzuelas de San Lorenzo...

Un negro evadido comerciante en oro  
Guillermo Tauber, un negro, figura en la lista de los evadidos del campo de Pariacabo. Se le supone en la selva ocupado en la caza de las mariposas, sport aquí fructuoso

De hecho Tauber, muy hábil para la maniobra de piragua, añade a sus actividades cinegéticas la de intermediario entre los buscadores de oro y los leprosos del islote.

Una noche, tuve como se dice allá abajo, «una corriente de aire». Una voz resignada me dijo:

—Esta noche, jefe, Tauber desembarcará junto a los leprosos con muchas gruesas pepitas en su pañuelo ¡Bonito negocio!...

Seis horas largas, alargado en mi piragua, esperé a mi hombre. No llegó hasta el amanecer. Me parece escuchar aun la voz de Meraouní.

—¡Eh, jefe!

Su dedo extendido me designaba el Maroní.

—Un ruido en el agua... Allá, cerca de la orilla.

Agarrado en un harpón, el negro Tauber sostenía un cadáver en la orilla, con los ojos mirando al cielo.

—Se ha arreglado de una manera «loca» —dijo Merouní.

¿La honestidad entre criminales? ¡Un mito!

Sobre el cadáver —en sus pantalones, en sus bolsillos— habian varias pepitas de oro.

—Esta camisa —dijo Tauber— la he tomado de otro evadido. Sigame...

Al borde de una hendidura, un cuerpo enteramente desnudo, con la cabeza poco menos que desprendida del tronco, el pecho abierto...

—Dos sablazos —nos dijo Maurin.— El negro es quien los atrajo...

Veinte metros más lejos, otro cadáver. La sangre le corrió unos cinco metros.

—Esto también debe haber sido el negro.

El evadido precisó:

—Su campo tenía cinco hombres, pero sólo yo tenía el ojo sobre el oro. Se evadieron de noche, del campo de «relegados», llevándose el oro. El negro, furioso les abatió con el sable. Los tres restantes le «madrugaron», lo colgaron a un árbol, y pagaron...

Nuestro evadido no mentía seguramente al afirmar su inocencia. Elevó sus manos encadenadas:

—Cierto —concluyó—; el negro se equivocó en comenzar este negocio. Pero los otros, al venderle el oro, sabían que éste estaba destinado a los leprosos haciéndole arriesgar todo. Ellos, al fin y al cabo, le hubieren elegido una buena muerte.

Durante el camino de regreso, Maurin suspira:

—Llevo nueve años preso. Durante esos 9 años, jamás he comido bastante. Sé ahora que la evasión tampoco alimenta a sus hombres.

## PENSAMIENTOS

Cobarde es el hombre que sabe que está errado y rehusa admitirlo.

—oO—

El hambre no se asusta de los manteles manchados.

oOo

Veinte años se demora un graduado universitario en darse cuenta de lo poco que sabe.



Frontispicio (grabado en líneas no cruzadas en madera) del «Carcer d'Amor», edición catalana de la novela de Diego de San Pedro, impresa en Barcelona por Juan Rosembach en 1493.

**S**E llevó a cabo en la Habana la Segunda Feria del Libro. Se han instalado los pabellones en el corazón de la ciudad, el Parque Central, donde se yergue la estatua de Martí, la figura admirable que con tanto cariño y talento analizó Hernández Catá en su obra «Mitología de Martí». En el acto inaugural hablaron el ingeniero Guiral Moreno, presidente de la Comisión de intelectuales, libreros, impresores y encuadernadores que han colaborado en la organización; y el Alcalde de la capital, doctor Antonio Beruff Mendieta.

En el acto estuvieron presentes los representantes de diversos países americanos que están en la Habana como delegados de distintas ciudades del Continente al «Primer Congreso Panamericano de Municipios».

Todas las tardes y todas las noches charlará sobre algún aspecto del amor al libro y a la cultura alguno de nuestros intelectuales.

Lee mucho, medita más y, no lo dudes, serás sabio.—Faxire.

Cuba no pretende ciertamente ser considerada como otras naciones en el aspecto editorial y librero. Las casas editoras de esta perla de las Antillas son pocas, porque el mercado no da para más. No obstante, las pocas ediciones que se lanzan son cuidadas, elegantes, bien presentadas, lo que no es extraño puesto que los grandes periódicos capitalinos, dignos de una nación de muchos millones de habitantes, y las revistas que se publican, pulcramente impresas, demuestran la capacidad de los trabajadores tipográficos y la perfección de las maquinarias en que se imprimen.

«No hay amigo más precioso que un buen libro», dijo Aboutaib, y advirtió Chateaubriand, «No hay veneno más activo que la lectura de malos libros». He aquí dos opiniones que señalan el placer y el beneficio que puede causar al ser humano la lectura y también el daño, a veces irreparable si la obra perjudicial ha sido leída en esa edad crítica en que todo nos parece verdadero y exento de bastarda finalidad. Para leer con provecho y para «digerir» las lecturas es necesario prepararse antes seleccionando lo que ha de formar nuestra cultura inicial, pues ella nos ha de despertar el instinto crítico y el análisis de lo que pugne con principios comprobados e indiscutibles, que no por antiguos pueden ponerse en duda.

Todavía no se ha escrito un libro que agrade a todos.—Caracciolo.

Todos los libros no son apropiados para todos los lectores. La obra que a los veinte años no nos agrada puede apasionarnos a los cuarenta. Podría pues oponerse a la opinión de Caracciolo, la

# LA SEGUNDA FERIA DEL LIBRO EN LA HABANA

UN BUEN LIBRO ES UN LEGADO PRECIOSO DEL AUTOR A LA HUMANIDAD.—NO HAY AMIGO MEJOR QUE UN LIBRO.—CAMIONES-LIBRERIAS Y TRANVIAS-BIBLIOTECAS.—LIBROS, PERIODICOS Y RADIO.

Por SALVADOR GUMBAU

de que no hay un solo libro inútil, porque como dijo Plinio «no hay libro, por malo que sea, que no contenga cosa instructiva».

Seámos amigos del libro, ya que el libro es nuestro mejor amigo. No lo hay más leal, ni más desinteresado, ni más sumiso, ni más modesto, ni más propi-

sin darse importancia, sin pretender hacer valer sus conocimientos y servicios, y sin dejar sentir el peso de su superioridad, no conduce por medio de ejemplos y detalles a la línea que nos llevará al triunfo.

Camiones - Librerías y Tranvías-Bibliotecas.

En una información leída hace tiempo



Marca del impresor Pedro Destar «a los Señales del Fénix». (Mediados del siglo Diecisiete).—Zaragoza.

cio a servirnos que el libro.

Un buen libro es un legado precioso que hace el autor a la Humanidad.—Addison.

A veces, en la emoción o en la placidez que sigue a una buena lectura pensaréis— y no pensaréis mal—, que sois ricos, porque lo sois de espíritu, anegado en emociones o en sentimientos que lo hacen vivir horas fuera de la realidad. Esa es la riqueza de los elegidos, y elegidos hay pocos.

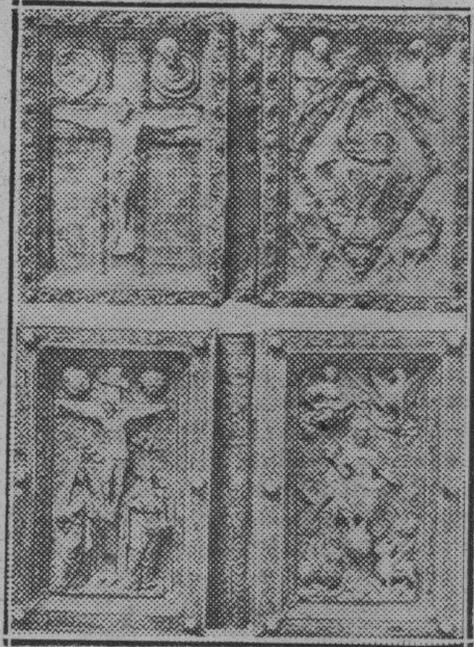
¿Qué magnífico palacio valdría ni duraría lo que la «Iliada»? ¿Qué joya conseguiría el eterno renombre del «Quijote» o de «Hamlet»?

En muchas ocasiones la lectura de un libro ha hecho la fortuna de un hombre, decidiendo el curso de su vida.—Emerson.

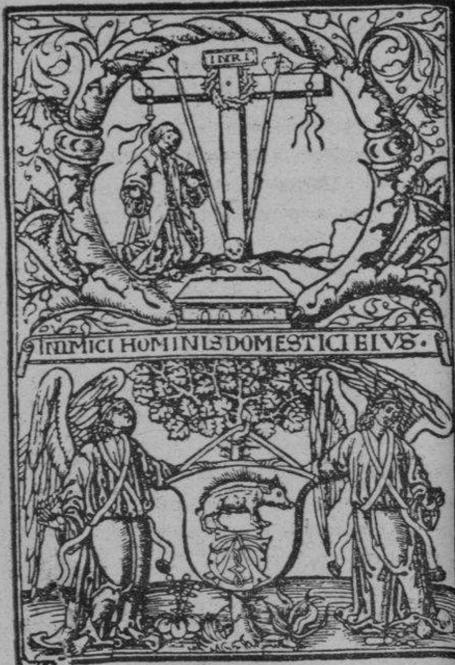
Flacos de memoria no sabemos si cuando Emerson escribió esas palabras habían ya aparecido obras de literatura estimulante, del género de las producidas por Marden, Trine, Wilkinson y otros. Obras que han contribuido al estímulo y mejoramiento de la Humanidad y que habrían influido, sin saberlo probablemente los propios individuos, en decisiones y firmeza de propósitos de algunos triunfadores.

Así como a veces necesitamos el consejo de un buen amigo sobre alguna empresa que vamos a emprender, el libro que enseña a cultivar la voluntad y la energía nos muestra a menudo, por reflejo, el camino y el procedimiento a seguir. Es el amigo fiel y silencioso que,

y escrita por Ruy de Lugo Viña, el infortuna compañero que pereció en Colombia, junto con los aviadores cubanos que realizaban, en unión de otro dominicano, el hermoso vuelo Pro-Faro Co-



Encuadernación románica en plata repujada de un Evangelinario del siglo Doce (Colegiata de Roncesvalles) e imitación de la misma ejecutada en Pamplona en el siglo XVI para su catedral.



Marca típica de impresor del siglo XVI. Arnao Guillén de Brocar, Logroño, 1517.

lón, se describe el medio de propaganda que un librero de Madrid ideó para la difusión de los libros, proyecto que fue puesto en práctica por la Agrupación de Editores Españoles. Se trataba de un camión hábilmente dispuesto para convertirlo en una exposición, con altavoces, gramófono y micrófono por el cual se pronunciaban charlas a la llegada a los pueblos.

En Munich ha creado también el Municipio el tranvía-biblioteca en el cual se han llegado a prestar de 400 a 500 volúmenes en el espacio de tres horas. Se trata de un gran carro de diez metros de largo, que transporta una colección de 2.400 libros. Tiene una sala de lectura con grandes ventanales y un cuarto con servicios.

En ese carro pueden los lectores, por un módico precio, alejarse de la ciudad respirar aire puro y a la vez ir leyendo durante el viaje.

Es realmente un sistema de biblioteca circulante digno de imitar con las formas y ampliaciones que cada país exija. También es aplicable a los trenes.

Libros, Periódicos y Radio.

Recordamos que hace tiempo un editor se quejaba de que los periódicos de viaban de los libros a los aficionados a la lectura. Puede ser. Actualmente los diarios importantes (Cuba es un ejemplo), abarcan todos los aspectos del interés humano. De manera que después de leer el relato de un suceso trágico, lento, se halla la nota de sociedad, detalle de una fiesta a celebrarse y también un tema abstruso o científico, tratado por una pluma sabia.

El periódico viene a ser al libro lo que el radio al periódico. También se ha dicho que el radio perjudica a la prensa. No hay tal. Nunca la fugacidad del radio podrá tener la consistencia de la prensa. Usted está distraído y pierde unas palabras que le interesan en el aparato receptor. Pero ya es tarde; oyó el principio y se queda con la noticia o información incompleta. En el periódico usted lee el anuncio o la información cómodamente; suspende la lectura y la continúa cuando gusta. Y se olvida la vuelve a consultar. Ahí es el periódico silencioso como un amigo que desea enterarle de todo sin ninguna retribución y a cualquier hora.

En ese aspecto el diario se parece al libro, porque es un libro al día, sintetizado.

Terminemos con las palabras de Marco Tulio Cicerón, que siempre serán mejores que las que nosotros podamos preparar: «Las letras son el alimento de la juventud, la pasión de la edad madura y el entretenimiento de la vejez; nos dan brillo en la prosperidad y consuelo en el infortunio; hacen las delicias del gabinete y no embarazan en ninguna situación de la vida; nos hacen compañía durante la noche, y nos siguen en el campo y en los viajes».

(Continuación de la Pág. VEINTE)

Madrid, Serafin Alvarez Quintero, cuyo nombre estuvo ligado al de su hermano Joaquín, como fecundísimos autores teatrales de reconocida fama. Un comentarista hispano americano, en su mesa de trabajo y frente al cable en que la United Press daba tan sensible noticia, la tradujo en esta forma: «Ha muerto la mitad de los Hermanos Quintero», expresión gráfica y elocuente para quien como los Quinteros llevaron sus vidas paralelas de éxito en éxito, a través de sus producciones magnas.

—000—

Número 20.—Antonio Fuentes, el famoso matador de toros, que enloquecía a los públicos de España y algunas Repúblicas del Nuevo Continente, por su arte y su destreza, murió en Sevilla el día 6 de mayo de 1938. Se hallaba retirado desde hacía quince años.

—000—

Número 21.—Octavio Coga, Presidente del Consejo, de destacada actuación en la política rumana, murió en Bucarest, el 7 de mayo de 1938.

—000—

Número 22.—En Málaga, la bella ciudad andaluza, murió el 14 de mayo de 1938, el General don Miguel Cabanellas, Presidente que fué del Gobierno Nacionalista instalado en Burgos en los primeros días de la Guerra Civil española.

—000—

Número 23.—Georges Marinescu, famoso neurólogo rumano falleció en Bucarest el 15 de mayo de 1938.

—000—

Número 24.—Don Juan Sánchez Azcona, Político, Diplomático y notable periodista mejicano, murió en Méjico el 17 de mayo de 1938.

Número 25.—En la ciudad de La Coruña, murió el 30 de mayo de 1938, el famoso tenor español Miguel Fleta.

Número 26.—En Londres falleció el 28 de junio la Condesa de Strathmore. (Nina Gavendish Bentick), madre de la Reina Isabel de Inglaterra.

—000—

Número 27.—En la ciudad de La Plata, Argentina, falleció el 27 de junio, Monseñor Francisco Alberti, Arzobispo de aquella arquidiócesis.

Número 28.—Susana Lenglen, considerada como la Emperatriz del Tennis, murió en París el 4 de julio.

—000—

Número 29.—En 7 de julio de 1938, murió la que dijo ser Princesa Tatiana, hija del último Czar de Rusia, y que aseguró haberse salvado de la tragedia de Ekaterinburg.

—000—

Número 30.—Samuel Insull, el magnate norteamericano que en un tiempo fué uno de los hombres de más importancia financiera en Norteamérica, y que hace cuatro años fué detenido en Turquía, murió en su retiro, de París, el 16 de julio de 1938.

—000—

Número 31.—En la ciudad del Vaticano, murió el 16 de julio, el Cardenal Giulio Serafini.

—000—

Número 32.—El 18 de julio, murió en Bucarest, la Reina María de Rumanía.

—000—

Número 33.—Carlos Reyler, literato uruguayo, murió en Montevideo el 24 de julio de 1938.

—000—

Número 34.—En Moravia, en su Castillo de Feldsberg, murió el 29 de julio el Príncipe de Lienchtenstein.

## LAS FIGURAS MAS DESTACADAS QUE DESAPARECIERON EN 1938

Número 35.—Pearl White, la que en un tiempo fué famosa actriz del cine, murió en el Hospital Americano de París el 4 de agosto de 1938.

—000—

Número 36.—Warner Oland, famoso actor de la pantalla, que adquirió gran renombre como Charlie Chan, interpretando papeles de personaje misterioso oriental. Murió en Estocolmo, el 6 de agosto de 1938.

—000—

Número 37.—Konstantin Stanislavski, célebre actor ruso, murió en Moscú, el 7 de agosto de 1938.

—000—

Número 38.—Leo Frobenius, sabio eminente murió en Riganzone, Italia, el 9 de agosto de 1938.

Número 38.—Don Manuel Linares Rivas, famoso escritor y dramaturgo es-

pañol, autor entre otras obras de «La Garra», murió en el Paso de la Peregrina, cerca de la Coruña, el 9 de agosto de 1938.

—000—

Número 40.—En Leningrado murió el 25 de agosto de 1938, Alexander Ivanovich Kuprin, literato ruso.

—000—

Número 40.—Manuel Mejías Bienvenida, joven astro de la tauromaquia española, fué cogido muerto por un toro en la plaza de San Sebastián el 31 de agosto de 1938.

Número 42.—Su Eminencia el Cardenal Hayes, de la Diócesis de Nueva York, falleció repentinamente en esa ciudad, el 4 de septiembre de 1938.

—000—

Número 44.—Don Alfonso de Borbón y Battemberg, ex-Príncipe de Asturias,

hijo del último soberano español, murió a consecuencia de un accidente de automóvil, en Miamia, Florida, el 6 de septiembre de 1938.

Número 45.—El Duque Arturo de Connaught, murió en Londres, el 12 de septiembre de 1938.

Número 45.—Jean Longuet, ex Diputado de la Rusia Soviética, nieto de Carlos Marx, murió en Aix Les Bains, el 12 de septiembre de 1938.

—000—

Número 47.—Don Manuel García Prieto, Marqués de Alhucemas, y varias veces jefe del Gobierno español en la época de la Monarquía, murió en San Sebastián, el 15 de septiembre de 1938.

—000—

Número 48.—Don Arturo Cuevas, Vicealmirante de la Armada chilena, murió en Santiago de Chile, el 18 de septiembre de 1938.

—000—

Número 49.—Charles E. Duryea, murió en Filadelfia, el 28 de septiembre de 1938. Duryea fué el inventor del primer auto que se movió por gasolina.

Número 50.—Karl Kautsky, uno de los teóricos más famosos de la Segunda Internacional, murió en Amsterdam, Holanda, el 29 de septiembre de 1938.

—000—

Número 51.—Don José Luis Tejada Sorzano, el ilustre ex presidente de Bolivia, murió en Arica, Chile, el 3 de octubre de 1938.

—000—

Número 52.—Alejandro Ave'escu, único Mariscal del ejército rumano, murió el 3 de octubre de 1938.

—000—

Número 53.—El doce de octubre, murió el Gran Duque Cirile Vladimirovitch, cabeza de la casa de los Romanoff. Su fallecimiento ocurrió en el Hospital americano de París.

—000—

Número 54.—El 16 de octubre murió en Londres, Edward Montagu Cavendish (Lord Stanley), miembro del gabinete británico.

—000—

Número 55.—El 22 de octubre de 1938 murió Chryssostomos, Primado de la Iglesia griega.

—000—

Número 56.—Don León Ichaso, ilustre periodista español, que fué Subdirector del DIARIO DE LA MARINA, dejó de existir en la Habana, el 23 de octubre de 1938.

—000—

Número 57.—Alfonsina Storni, poetisa argentina, murió trágicamente en Mar del Plata el 25 de octubre de 1938.

—000—

Número 58.—Ramón Franco Bahamonde, el célebre aviador español hermano del General Franco y que tanta fama adquirió en el vuelo de Palos al Plata, murió en un accidente de aviación el 28 de octubre de 1938.

—000—

Número 59.—Don Juan Pérez Zúñiga, el festivo escritor español, murió en Madrid el 6 de noviembre de 1938.

—000—

Número 60.—El diez de noviembre de 1938, murió en Estambul, Mustafá Kemal Pashá Chazi, Kemal Ataturk, dictador y modernizador de Turquía. Había nacido en Salónica, en 1880. Fué elegido en agosto de 1923 y reelegido por dos veces para un periodo de cuatro años, en el primero de noviembre de 1927 y en el 4 de mayo de 1931.



¿Por qué sentirse debilitado, fatigado, febril y triste, mientras todos los demás ríen y gozan de la vida? No se preocupe.

TOME

# QUINIUM LABARRAQUE



APROBADO POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS.

Poderoso contra el paludismo, la debilidad, los estados febriles. Se recomienda a los convalescentes, a los ancianos, a los niños anémicos. Preparado con vino añejo de Málaga y conteniendo un extracto completo de todos los principios asimilables.



De venta en todas las buenas Farmacias.

Depósito: MAISON FRERE  
19, Rue Jacob París (6)

**D**E los defectos numerosos le Madame de Stael, se ha escrito bastante, pero aún queda tela de donde cortar. Margaret Goldsmith, escritora norteamericana, nos presenta ahora a «Madame de Stael—Retrato de Una Liberal en la Época Revolucionaria», volumen recientemente publicado por la Editorial Longmans, Green y Company, de Nueva York.

Tanto las actuaciones políticas como las literarias de la biografiada han sido analizadas con brillante estilo por la autora, de modo que el producto final es una obra sobria y ajustada que abarca extremos hasta la fecha poco explotados de la vida singular de aquella prodigiosa mujer.

#### FUE AMANTE DE TALLEYRAND Y DE BENJAMIN CONSTANT

Germaine de Stael ejerció una profunda influencia en la Francia de su tiempo, durante los días aciagos de la Revolución, el Directorio, el Imperio y los primeros años de la segunda restauración borbónica. Su labor menos conocida es la que realizó como defensora de los derechos civiles y protectora de los refugiados políticos. Esta misión de cruzada acabó por enemistarla con Napoleón, que le temía más a las propagandas de aquella inteligente dama que a las conspiraciones de los grupos monárquicos.

El padre de Madame de Stael, un banquero suizo llamado Jacques Necker, le había prestado servicios desinteresados a Francia para tratar de salvarla de la bancarrota, aunque no con todo el éxito que esperaba la Corona. Nació, pues, la futura hada madrina de los desterrados, en una familia de la Corte y desde pequeña se acostumbró al ambiente de intrigas políticas del salón de su hermosa madre, Suzanne Curchod, donde hubo de aprender las primeras lecciones de conspiradora que luego la hicieron una de las mujeres célebres de su patria.

Casada a los veinte años con el Barón de Stael, Embajador de Suiza en Francia, le resultó el aristocrático consorte tan pesado en las lides intelectuales y tan dedicado al juego, que acabó por despreciarlo y serle infiel. De sus numerosas aventuras amorosas podría escribirse una novela de relativo mérito, pero baste mencionar aquí que sostuvo relaciones con personajes como Talleyrand, Narbonne, y Benjamin Constant.

Por mucho que cambiara sus predilecciones, siempre conservaba un afecto sincero para los hombres que había sido sus amantes; así se explica que congeniara con el apóstata de Benevento, aquel Talleyrand que traicionaba con igual desparpajo a la Revolución que a Napoleón, que concommitó el asesinato del Duque de Enghien y de quien el maestro Carlyle decía que «no podía decirse que fuera un hombre falso, pero sí que vivía de la falsedad». Madame Stael le perdonaba a su querido la malgama insólita de monstruo y de genio que poseía en su carácter porque a través de él esperaba realizar sueños que a la postre resultaron fantásticos. Por tiero afecto hizo lo propio con Narbonne, a quien estableció frente del Ministerio de la Guerra contra la oposición de María Antonieta, ocultándolo y ayudándolo a escapar a Inglaterra cuando lo reclamaba la justicia revolucionaria.

#### SU DEVOCION POR CONSTANT Y POR EL LIBERALISMO

En sus intimidades con Benjamin Constant, que se prolongaron por diez años, hubo tiempos de bonanza y de borrascosas tormentas. Constant decidió, al fin, casarse en secreto para librarse del dominio de aquella magnética mujer, pero no tuvo valor para decirselo a Madame Stael. Cuando ella lo averiguó insistió en que el matrimonio continuara siendo un secreto y en que él pasara la mayor parte del tiempo a su lado. Más tarde, se hizo amiga de la esposa sin enojarse con Constant, creando una curiosa situación que el famoso escritor describe, en parte, en su novela «Adolfo».

Amiga y admiradora entusiasta de su padre, participaba con éste en las maniobras políticas del borbónico. Fué testigo de las principales escenas del drama de la caída de la monarquía que años después describió con intuición bri-

llante en su obra «Consideraciones Sobre la Revolución Francesa». A pesar de haber nacido entre las castas absolutistas, comprendió en seguida la trascendencia de aquel movimiento nacional, y como de veras creía en el progreso social y ordenado de los pueblos, optó por reconocer los beneficios del nuevo régimen. Desde ese momento comenzaron ambos bandos a sospechar de ella, al igual que sospechaban de Talleyrand ausente en los Estados Unidos durante la dictadura de Robespierre el incorruptible. Madame de Stael exclamaba sin inmutarse: «La República me cegó y la Contrarrevolución me colgará».

Pocas narraciones de aquella época tienen el interés humano que provocan las tentativas de Madame de Stael para regresar a París y abrir su salón a las notabilidades perseguidas con el propósito de hacer propaganda liberal. Napoleón no quería hacerla mártir de las ideas y se limitó, de primera intención, a excluirla de la vida social francesa. Ella contestó las impertinencias del corso escribiendo su obra titulada «De la Literatura en Relación con las Instituciones Sociales», en la que sentó un precedente en trabajos de este género. Napoleón suprimió el libro que publicó sobre Alemania, porque no podía soportar las verdades favorables al enemigo, como tampoco el elogio que ella hacía de la libertad y los ataques virulentos contra la tiranía que aparecen en sus novelas «Delphinne» y «Corinne».

#### PAUL VALERY MEDITA SOBRE EL PORVENIR DEL HOMBRE

Una antología de Paul Valery, por limitada que sea, tiene que ofrecer la diversidad de su genio de crítico y pensador. Por eso es de celebrarse la aparición del segundo tomo de «Variedad», una recopilación vertida al inglés por William Aspenwall Bradley y publicada por la editorial Harcourt, Brace y Company, de Nueva York.

Este volumen consta de ocho ensayos. En los primeros tres, que son una luminosa exposición de su criterio sobre el mundo actual, le preocupa ante todo la supervivencia de la mentalidad humana. Los otros tratan de temas adecuados al eclecticismo de su pluma: Villón, Verlaine, Corot, Stendhal, Baudelaire, y bellas reminiscencias de sus nocedades.

En una época en que la filosofía parece estar cejando ante el avance de las ciencias especializadas, o quizás abdicando su trono, la presencia de espíritus cultivados como Valery es de importancia fundamental; y hasta casi podría decirse que indispensable para que se preserven ciertas formas o instrumentos de expresión, como el ensayo literario y de la crítica documentada de que es él uno de los más notables exponentes en la Francia contemporánea.

#### EL HOMBRE ACTUAL ES UN AUTOMATA

Sería impropio calificar a este hombre como un socrático encerrado en su torre de marfil. Valery representa valores morales y estéticos que en más de una ocasión han salvado de la catástrofe a la civilización, y es por ello que ahora se pregunta, con la vista puesta en el futuro, si el hombre está capacitado para prever el curso de los acontecimientos y proyectar de antemano los rumbos que le conviene seguir. La alternativa de esta actitud es convertirse en un autómata y sumergir el alma en

# Cilindros

## Y AUTORES

### EL LIBERALISMO DE MADAME STAEL, TEMA DE UNA NUEVA BIOGRAFIA

un nuevo medioevalismo en el cual la máquina gobierna al cerebro y al corazón: timbres telefónicos, relojes despertadores, trenes, silbatos, aparatos de sincronización y reglamentación de las actividades sociales de la humanidad.

No se opone Valery al progreso material, ni siquiera a la mecanización que nos está enseñando por los cinco sentidos el credo de la tecnocracia. Lo que le obsesiona es el hecho de que el espíritu del hombre quede absorto en el momento presente, como sucede con los animales, que «indudablemente perciben sólo aquella manifestación del tiempo que necesitan para mantener la sensación del deseo hasta satisfacerlo». Con el hombre debe ser distinto, y lo es. «Al crear la noción del tiempo—dice—no solamente ha creado perspectivas dentro y más allá de sus intervalos sensitivos, sino que, aún más, vive muy poco en el presente». Es decir: que va acumulando los materiales de la experiencia, la percepción y la memoria, y con ellos se pone en condiciones de formular un plan para el porvenir.

Esta facultad de la videncia humana, sin embargo, requiere ciertos antecedentes para poder ser realizada. Si se desea mirar hacia el futuro y preparar el plano de nuestro progreso, precisa en primer término la estabilidad social, y ésta se deriva de la eficacia comprobada de determinadas tradiciones y de aquellos cánones de la conducta humana que han demostrado ser útiles para salvar los obstáculos de la vida.

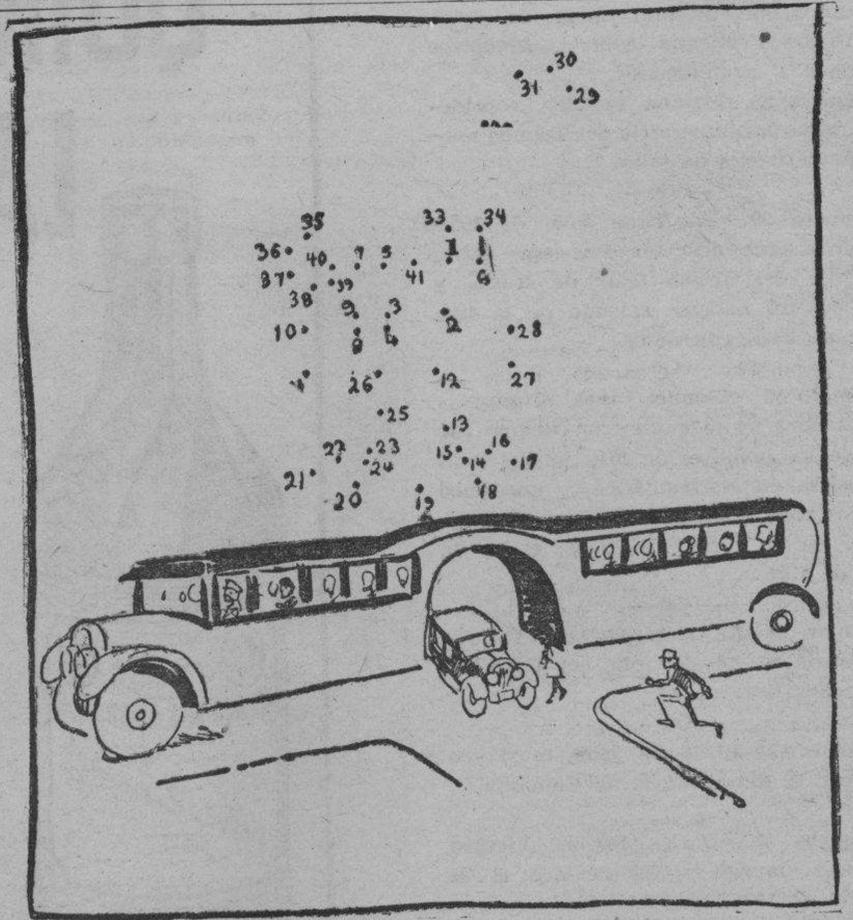
#### EL ESCÉPTICISMO, LA NOTA DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Cuando examina la actual situación del mundo, Valery observa muy pocas señales de estabilidad. Los elementos de

la certidumbre escasean hoy entre los hombres modernos, que viven intranquilos, en un ambiente de interinidad. Ellos «consideran transitorios todos los comienzos y provisionales todas las etapas de su trabajo y sus relaciones materiales... Esta época completamente nueva producirá hombres sin un solo hábito mental que los ligue al pasado... Del pasado, del cual ya no podremos inferir nada que nos indique el futuro inmediato».

El pensador habla, no para alarmar, sino para advertir de los peligros que encierra esta actitud. Se queja de que no hay un sólo filósofo, un solo meditador, que se atreva a expresar un vaticinio; observa que ya ni siquiera podemos distinguir la guerra de la paz, la abundancia de la penuria, la victoria de la derrota. El espectáculo del caos, que siempre ha existido en la historia humana, no nos ha enseñado nada y sin embargo lo tenemos entre nosotros aplastándonos con sus desórdenes y confusiones.

Decir que estamos oyendo las admoniciones prejuiciadas de un conservador es negarnos a escuchar el consejo razonado de un intérprete brillante de la historia. Valery, artista de afinada sensibilidad, conoce nuestra vida cotidiana como nosotros mismos, aunque nos dé la impresión de estar por las nubes. Desde la distancia con que examina el cuadro de lo acontecimientos puede ver mejor la perspectiva que este cuadro presenta, no muy halagadora por cierto, y recordarnos lo que ya todos presentimos que el afán de la mecanización nos ha paralizado las facultades creativas y constituye un impedimento para proyectar nuestras mentes hacia el devenir.



¡Caramba! Los autobuses que están haciendo ahora son tan grandes que dentro de poco no podrán pasar por la carretera. No vamos a tener más remedio que instalar ascensores para que podamos llegar a nuestros... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

# BENITO MUSSOLINI;

## LA PAZ DE MUNICH Y EL PROBLEMA DE LAS COLONIAS

¿Estudiará Mussolini las cartas-como antes de la marcha a Roma-antes de lanzarse a la aventura de Tunes pudiera ser de las colonias portuguesas u holandesa? La valentía del "duce" puesta de relieve en la infancia; en la juventud y en la madurez, un factor que no se debe olvidar cuando se analicen las contingencias del futuro

Se dice que antes de iniciar su histórica marcha sobre Roma, Mussolini colocó una baraja sobre una mesa y estuvo estudiando cuidadosamente, sin duda para ver lo que le decían las cartas acerca de la viabilidad de su acto. No sabemos si ahora, antes de lanzarse a la peligrosa aventura de querer reconquistar para Italia algunos territorios que le pertenecieron—Tunes, desde luego, nunca fué italiano—ha estudiado también las cartas o los astros, pero lo más probable es que se haya limitado a pedirle su opinión sobre el asunto, al otro «partner» del eje Berlín-Roma, es decir, a Hitler.

Después de salvar la paz—la paz de Munich—Mussolini parece, en los momentos en que se escriben estas líneas, estar a punto de desencadenar la guerra. Porque no es lógico suponer que después de lanzarse al paso a que se ha lanzado —a autorizar la escena del Parlamento (¿?) italiano, en la que los miembros más significados del fascismo pidieron a gritos Tunes, Córcega, Saboya y Niza—ahora renuncie a sus propósitos, al primer gesto viril que haga Francia. Y si Francia e Inglaterra deciden cerrarle el paso a las aspiraciones italianas, no sabemos lo que puede pasar.

Benito Mussolini, a pesar de su reconocida habilidad, parece que se ha dejado ganar la partida, —la partida de «la arrancada», por lo menos—por Hitler. Porque es indudable que sin la ayuda de Italia, sin la alianza italiana, Alemania no hubiera podido llegar nunca a sus propósitos respecto al Austria, Checoslovaquia y la Europa oriental. Y mientras los nazistas llevaban a la práctica su plan de reivindicaciones, los fascistas se limitaban a mirarlo hacer y a esperar para ellos tiempos mejores. Ahora Mussolini clama por «lo suyo», nada menos que a expensas de Francia. ¿Pero transigirá Daladier, ahora que no se trata de desmembrar a otra nación sino de renunciar a unos territorios que si bien es verdad que llegaron a Francia por procedimientos poco leales—como ha ocurrido siempre en casos semejantes y todas las naciones—no lo es menos que desde hace mucho tiempo forman parte del imperio francés.

Pudiera ser que bajo todo este asunto de las reivindicaciones italianas, no hubiera más que otra intriga para desposeer a otros países débiles—Portugal, Holanda, tal vez la misma España—de sus posesio-

nes. Puede que todas esas manifestaciones populares de Italia fomentadas por el fascismo—que de otro modo no tendrían lugar—no sean más que el inicio de la discusión colonial, que alcanza y afecta por igual a Alemania y a Italia, países urgentemente necesitados de materias primas. Porque es lo cierto que Mussolini, como puede advertirse durante la crisis de septiembre, no quere la guerra, una guerra que, en definitiva, pudiera tener consecuencias incalculables para su régimen y para él.

Hasta ahora, la carrera de Mussolini ha sido una sucesión ininterrumpida de triunfos, unos triunfos a que en cada ocasión lo condujo su determinación y su valentía. La valentía de Mussolini, iniciada desde los primeros tiempos de su infancia—cuando era el terror de los vecinos, con quienes se enzarzaba siempre en desiguales combates que lo devolvían a su casa todo magullado—se puso también de manifiesto en la guerra mundial, cuando quisieron dedicarlo—como director de periódico que era—a «escribir la historia de su regimiento». Mussolini contestó lleno de patriótica indignación: «no vine aquí a escribir, sino a pelear como un soldado». En otra ocasión se le oyó decir: «No me gustan los soldados que pelean para cumplir con su deber, sino los que lo hacen por amor al combate».

Mussolini ama el combate, y ese amor al peligro es el que lo llevó a desafiar a Inglaterra primero—en el caso de Etiopía—y al mundo después, cuando se establecieron contra Italia las represalias o sanciones económicas. Cuando combatía contra los imperios centrales, un cañón recalentado hizo explosión causándole en todo el cuerpo 42 heridas. Mussolini no veía la hora de volver al combate.

En una biografía escrita por Sarfatti se dice: «Incluso hoy, Mussolini tiene muchas cosas que decir acerca de la luna, la influencia de su luz fría en los asuntos de los hombres y el peligro de permitir que sus rayos caigan sobre el rostro cuando se está durmiendo».

Parece que, siendo muy niño, Mussolini fué hondamente influenciado por una vieja hechicera, que vendía la buena suerte y la manera de hacerse amar, así como pociones y medicinas misteriosas. Se dice que fué ella quien lo enseñó a interpretar los sueños y a adivinar el futuro



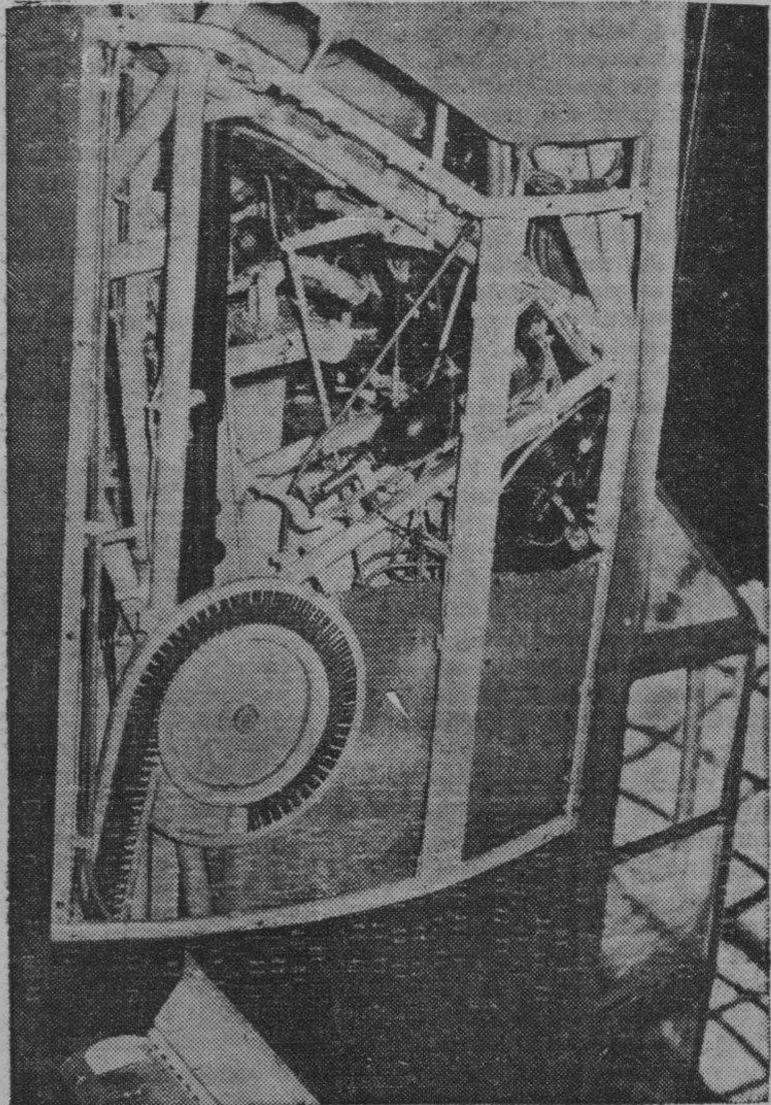
MUSSOLINI

por medio de las cartas de una baraja.

Los padres de Mussolini fueron muy humildes, y él se parece a los dos. De Alejandro Mussolini, un herrero que tenía el taller en los bajos de la casa donde vivía su familia, sacó su mandíbula rotunda y su amor a la pelea. De su madre Rosa Maltoni, maestra de escuela, el talento y los ojos expresivos, esos ojos emocionales de los que dijo recientemente el

director de la revista «Liberty», de New York, que lo entrevistó:

«Son los ojos no solamente de una gran inteligencia, sino también de un gran actor. Porque Mussolini es un actor sobre todas las cosas; por el gesto, por la posición del cuerpo y por ese calidoscópico cambio de los ojos, que anuncia lo que va a decir antes de que se escuchen sus palabras...»



PERFECCIONAMIENTO EN LAS AMETRALLADORAS

En la exposición de aeronáutica celebrada en París, se exhibió esta correa de alimentación de proyectiles para una ametralladora instalada en el nuevo aeroplano de caza Fokker D23. En la exposición se exhibieron los perfeccionamientos alcanzados en dichos elementos destructores.—(Foto Acme-Editors Press).

Berlín.—

**E**n 1925, acompañado de un amigo, andaba yo recorriendo el mundo. Viniendo de Singapore, pasamos el Mar Rojo y desembarcamos en Port Saïd, entrada sur del canal de Suez, donde tuvimos que pasar por las manos de las autoridades egipcias de sanidad.

Entre otros que se hallaban en idénticas circunstancias se hallaba un negro de gran estatura, con el que los intérpretes parecían sufrir grandes dificultades. A todas las lenguas conocidas, inclusive el sanscrito, permanecía completamente sordo, haciendo girar la perplejidad de sus grandes ojos amarillentos. Oía, pero no entendía. Mi amigo, siempre impaciente, ante los retardos, tuvo una inspiración y se acercó al intérprete y le dijo:

¿Por qué no le habla usted en inglés?

—¡Señor, —exclamó el negro— ciertamente que eso es música para mis oídos. Soy de Alabama, y estoy acostumbrado al yanqui, a lo que usted acaba de hablar.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento característico de los negros del sur de los Estados Unidos, y era evidente que el gigantesco sujeto, verdaderamente venía de Alabama. De ahí en adelante, todo le fué fácil y más tarde lo vimos en El Cairo, a la entrada del Shepheards Hotel, en deslumbrante vestido de zuavo y prosperando con generosas propinas.

Este episodio vino repentinamente a mi memoria, hallándome en el andén de la estación Stettiner de Berlín, hace pocos días, donde escuché a un intérprete oficial del ferrocarril, entendiéndose en diversas lenguas extranjeras con gran naturalidad y exactitud. Curioso, me puse a inquirir entre los demás empleados acerca de ese individuo que con facilidad extraordinaria se entendía con cualquiera, hasta que al fin, pude hablar con él mismo, y a continuación expongo lo que me narró:

—Me llamo Werner Grahn, y nací en 1891, en el distrito del Volga de la Rusia Imperial, región entonces poblada por gran número de colonos alemanes. Mi padre, aunque de origen germano, tenía el rango de coronel en el ejército imperial y oficialmente era el intérprete de la corte del Zar, en la que yo, como paje, en ciertas ceremonias oficiales, ayudé a llevar la cola de la Zarina. Antes de los diez años, yo hablaba ya con facilidad el ruso, el alemán y el sueco, y fui enviado a la escuela pública de Helsinki, Finlandia, donde pronto aprendí el finlandés, el danés, el noruego y el francés. De vuelta en Rusia, ayudado por mi padre, aprendí el búlgaro, el checo, el holandés, el serbio, el polaco y el ucraniano.

—¿Con cuáles de esos idiomas tuvo usted mayores dificultades?, le pregunté.

—No puedo decir que ninguno de ellos me proporcionaran verdaderas dificultades, ni a mi inteligencia ni a mi pronunciación. Los idiomas resultan muy fáciles para mí. Nunca tuve que hacer un gran esfuerzo para aprenderlos. Me sucede lo mismo que a los que tocan instrumento al oído, y así aprendí un idioma tras otro, con gran prontitud. Poco antes de que el movimiento revolucionario que inflamó a Rusia tomara verdadero incremento para culminar en la tragedia de 1918, mi padre falleció, dejándome muy

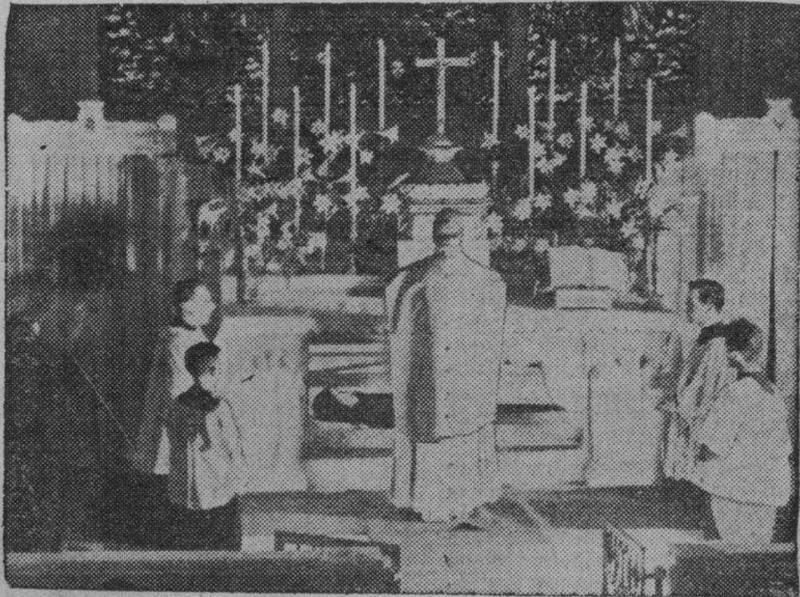
# La historia del hombre que habla, piensa y sueña en catorce idiomas

DE NIÑO FUE PAJE DE LA CORTE DEL ZAR, Y LE LLEVABA LA COLA A LA ZARINA.—EN LA GUERRA FUE TRADUCTOR DEL SERVICIO DE INTELIGENCIA DEL EJERCITO ALEMAN, Y AL HACERSE LA PAZ DE BREST LITVOSK. EL FUE UNO DE LOS INTERPRETES.—ACTUALMENTE TRABAJA EN UNA ESTACION DEL FERROCARRIL DE BERLIN Y TIENE UNA HIJA CASADA CON UN PERIODISTA CUBANO.

Por BOB DAVIS

poco dinero para proseguir mis estudios universitarios. Inmediatamente vine a Berlín, y obtuve un empleo de intérprete en una casa bancaria, y estaba a punto de salir para Batum representándola en los campos petrolíferos de Turquía, cuando estalló la guerra mundial. Me alisté en el ejército, y fui nombrado traductor de las fuerzas alemanas que operaban en el frente oriental. Más tarde, actué de intérprete en las negociaciones de Brest Litvosk, que condujeron al tratado de paz con los líderes soviéticos.

De los países escandinavos y de las costas del Báltico, entró un tren en la estación que descargó un nutrido grupo de viajeros bien necesitados de comunicarse verbalmente. Grahn se introdujo en el numeroso grupo, soltando una verdadera andanada de frases cortadas que cayeron en aquellos oídos del norte como la lluvia en terreno asolado por la sequía. La muchedumbre pareció electrizarse a la voz del intérprete, que con completa calma, interés y paciencia, respondía a preguntas en todas direcciones. La lluvia de interrogaciones aumentaban como un to-



BEATIFICACION DE UNA SANTA NORTEAMERICANA

El Arzobispo Amleto Cicognani celebró una misa especial en Nueva York, casi al mismo tiempo que el Cardenal Mundelein celebraba otra en Roma, como parte de las ceremonias de la beatificación de la Madre Cabrini, efectuadas en la capilla de la Escuela Superior que lleva el nombre de la nueva santa. Los restos mortales de la monja se conservan en una urna de vidrio, colocada en el altar.—(Foto Acme-Editors Press).

rente. Un búlgaro se abrió paso e hizo una pregunta con voz gutural. El poliglota le respondió al instante, teniendo todavía en los labios una frase en danés apenas concluída. Aquello parecía un verdadero congreso de razas y de lenguas. Al cabo, el grupo fué dispersándose, saliendo cada uno satisfecho y con instrucciones precisas en dirección a sus respectivos lares, con sus maletas y paquetes celosamente asidos.

—Ya ve usted cómo es—dijo Grahn acercándose de nuevo a mí—Al parecen todos saben que yo tengo algo de común con ellos y en el acto me distinguí de la multitud, antes de que pronuncie una palabra. Volviendo a mi narración, le diré que después de la guerra, fui enviado al despacho del fiscal de policía y a todos los lugares donde se requería mi presencia en la época de la reconstrucción. En los juegos olímpicos, celebrados en Berlín en 1936, tuve una gran oportunidad para aprender inglés al mismo tiempo que continuaba practicando mis otras lenguas. Me puse en el despacho de información que debía atender a los visitantes extranjeros. La experiencia que adquirí allí, fué excelente para mí, que ya tenía conocimientos del idioma inglés, tan expresivo y flexible y cuyo argot me fascina.

En este punto, me soltó un modismo inglés, que me hizo prorrumpir en una respuesta del mismo estilo, y así conversamos por varios minutos, dejándome admirado con la facilidad con que este lingüista genial manejaba el argot inglés en el mismo lenguaje le pregunté si podía pensar en el idioma que hablaba en el momento necesario o si tenía que traducirlo al alemán, la lengua materna.

—Nunca—me respondió—En mi conversación la lengua y mi pensamiento van al unísono, pues el que no puede expresarse en un idioma extranjero de esta forma, no es un verdadero lingüista. Es lo mismo que el médico avanzado, que entiende algo definido y completo, con cualquier música extranjera cualquiera que sea la nacionalidad del compositor. Con la debida preparación el oído humano puede clasificar todos los sonidos que pasen por él.

—¿Qué me dice de los sueños?—pregunté.—¿No se confunde usted con todas esas lenguas oyéndolas a media noche cuando sus sueños están llenos de extranjeros?

—Nada de eso. Todos mis sueños comienzan y terminan uno a la vez, y he sabido que uno no domina bien una lengua extranjera hasta que no puede soñar en ella. La cosa es muy sencilla: yo hablo la lengua de cualquier extranjero identificado en el sueño, aunque debo decirle que la mayoría de los sueños son más visiones que se refieren a sensaciones que a palabras. Pero ahora estamos hablando demasiado profundamente y no me queda sino decirle que cuando tengo un sueño agradable, no desperdicio el tiempo hablando en ningún idioma... Ahí viene un serbio y un ruso... He tenido un verdadero placer en conocerle. Adiós.

—Buenos días—le dije en español, idioma probablemente familiar a los oídos de Werner Grahn, que ya algo más tarde se entendía con el ruso y con el serbio.

De la familia de Grahn, sólo la segunda hija parece haber heredado el talento lento de su padre para los idiomas. La joven se casó con un periodista cubano.

El que inventó la frase «la busca de la felicidad» supo lo que decía. Es la expresión objetivo máximo de la vida. Comenzamos la busca desde la infancia. Cuando un nene llora por su juguete

o su mamadera, sabe definitivamente que es lo que quiere y sabe bien lo que no quiere. Entramos a la vejez todavía en busca de la felicidad. En cada momento de nuestra existencia, nos parece que nuestra satisfacción sería completa si no se alzara «ese obstáculo». Pero ese obstáculo varía constantemente. Puede ser un dolor de cabeza, un vestido nuevo que no llega, la presencia de una persona desagradable o la ausencia de una amada.

Los entuertos amorosos arruinan la vida de miles de mujeres. Las hay casadas con un hombre que es avenible; muchas sufren de no estar casadas con el que les habría gustado. Muchachos y muchachas sufren por amores contrariados; los matrimonios jóvenes tienen horas negras de conflicto. La gente de edad añora la época del amor y juventud. Más de quinientas cartas recibo cada año de mujeres que se duelen de la edad del amor que se va. Agonizan porque están entrando a la edad madura. «Ningún hombre me ha dicho nada en la calle por un año», me escribe una.

La pobreza es causa de la desgracia de miles de otras mujeres. Una me escribe sintiéndose miserable, con mil pesos de renta al año; otra sufre lo mismo con cinco mil. «Nunca he dejado de sufrir por la falta de dinero» me dijo una amiga escritora una vez. Supe después que su renta anual subía a veinte mil pesos... Las enfermedades amargan la existencia de otras mujeres. Mi experiencia me dice que en muchísimos de estos casos, la dolencia es en buena parte imaginaria. La bebida destroza miles de hogares cada año y arruina vidas por doquier. Mi mayor simpatía va hacia las mujeres que sufren este último quebranto. Es horrible la vida con un marido que bebe, derrocha el escaso dinero del hogar, pierde el respeto de los suyos y del propio, envenena a sus hijos con ejemplos deplorables. Conozco, sin embargo, muchos casos de mujeres que salvaron a sus hogares aún frente a la tormenta alcohólica, y manejaron éstos por la ruta de la dignidad, la seguridad y el honor.

Hay además ese millar de pequeños desagrados y desilusiones que todos tenemos que sufrir de continuo. La mala mujer que ha conquistado a un hijo, el maletín olvidado, el vestido que la modista no mandó a tiempo, el postre que se quemó en la cocina, los invitados que no llegaron, el afán de mantenerse joven, la lucha con la gordura, las invitaciones que tras reciben y nosotros desearíamos. El calor, la frase punzante que hierde, la cuenta que no se puede pagar, los arreos de independencia de nuestra hija, la descompostura del automóvil. Es una lista infinita de centenares de miles de pequeñas molestias que surgen continuamente y seguirán surgiendo mientras vivamos.

Considerando que las cosas son así ¿por qué no nos formamos el propósito de olvidar lo que no se puede cambiar y de aceptar un cierto porcentaje de desagradables con la misma filosofía con que recibimos nuestro porcentaje de agradables? Queremos que todo sea perfecto todo el tiempo, en vez de mostrarnos humildemente felices de que algo nos traiga bien y feli-



Hay, además, ese millar de pequeños desagrados y desilusiones que todos tenemos que sufrir de continuo; la mala mujer que ha conquistado a un hijo, el afán de mantenerse joven, el vestido que la modista no mandó a tiempo...»

norar ese lado que no puede corregirse y tratar de construir con el resto una vida completa, feliz y de éxito.

No hay ningún otro camino que ese para la felicidad. Es inútil esperar hasta que las circunstancias sean perfectas, nunca lo serán. Sólo los niños son felices y eso mientras no entiendan nada de lo que pasa a su alrededor. Tenemos que aceptar algunos sufrimientos fundamentales como inevitables. Una vez que admitimos estos sinceramente y lo hacemos la base del edificio de nuestra vida, nuestro estado de ánimo es instantáneamente diferen-

# LA MAYORIA DE LAS MUJERES SERIAN FELIZ SI...

ciudad. Puesto que este mundo es así, la mejor muestra de nuestra inteligencia consiste en hacer frente a los hechos como son y decidir cada cual que parte de

nuestra vida no tiene remedio sea pobreza, enfermedad o cualquiera otra causa. Y una vez hecha esta decisión hay que proceder valiente y decididamente a ig-

te y hasta alegre. Si solo esperamos felicidad todo lo que no sea exactamente eso nos hierde y desagrada. Cuando en cambio, esperamos quebrantos y desgracias los intervalos de felicidad son doblemente apreciados. La gente que llega a someterse a esta filosofía de vida son felices de veras. El mundo no puede ya engañarlos. Pueden ver detrás de su máscara. Han perforado el misterio de esas palabras extraordinarias: «El que pierde su vida la ganará».

Estas consideraciones vienen al caso de una docena de cartas que acabo de recibir en que otros tantas mujeres me dicen de lo poco que habría que cambiar en sus vidas para que fueran enteramente felices. Con una el caso era de una madre inválida, con dos era el de un marido ebrio que además no la dejaba usar el automóvil. Una cuarta cree que sería enteramente feliz con que solo su marido y su madre se entendieran mejor. Otras creen que todo estaría bien si supieran conversar mejor y todas están seguras de que si tuvieran un poco más de dinero, un poquito no más, la dicha sería perfecta.

Pequeñeces, amigas mías, pequeñeces, nubecillas que no deberían por un instante quitar a ustedes el sol de la felicidad...

## LA RECOMPENSA A UN HEROE

Clark Wyley, marino del vapor Uruguay, presenta el trofeo con que le obsequiaron los estibadores de Río de Janeiro, Brasil, por saltar al agua para salvar a uno de éstos, que cayó en el mar sin sentido a consecuencia de un accidente a bordo del barco. (Foto Acme-Editors Press).



# Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::



## PENSAMIENTOS

Por Diógenes

El hombre de talento es el que sabe hacer uso de los hombres de genio.

—oOo—

Hay hombres que nunca aprenden a distinguir entre la fama y la notoriedad.



Un optimista es el que cree que las chicas de hoy comulgan con el pan y la cebolla de antaño.

Es admirable la buena memoria que tiene la gente que le ha hecho a uno un favor.

—oOo—

Ni al más ocupado de los hombres le falta tiempo para detenerse a mirar una pelea de perros.

—oOo—

Hay hombres que no se atreverían a leer a sus mujeres la Declaración de los Derechos del Hombre.

—oOo—

Tan difícil es disimular la indiferencia como ocultar el amor.

—oOo—

Cada vez que usted perdora a un hombre lo degrada usted en su propia estimación.

—oOo—

El empleado que sabe guardar su posición es el que la conserva.

—oOo—

Tonto es para un político el que se afilia al partido opuesto.

—oOo—

El hombre de éxito es el que ve las cosas como son y no como otros le dicen que son.

—oOo—

Si solo la copa del dolor fuera tan pequeña como es la del placer.

El amor y un dolor de muelas son enemigos jurados.



—Siéntate aquí, Hilda, para que veas lo bien que patino. La muchacha se sentó y Pepito se puso a hacer toda clase de cabriolas, yendo de un lado para otro. Por último hizo que Hilda se pusiera muy colorada cuando dibujó sobre la nieve un gran... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

## MUY BREVES

### COMPLEMENTO

El hombre que triunfa, dice un pensador es el que escoge un camino en la vida y lo sigue sin desviarse. Pero ese hombre tiene que ser soltero, señor. —(College Humour).

### DEFINICION

Motorista es un hombre lanzado a la busca de la felicidad con tal rapidez que la pasa sin verla. —(Auto).

### LAS OTRAS NUEVE

Dice una revista de radio que de cada diez chistes que se someten a una estación radiodifusora sólo uno es aceptado. Y pensar que es ese uno el que nos obliga a cortar el radio. —(Radio News).

### PARA MI MUJER

Dice un científico que el agua es mucho más perjudicial para la salud que la cerveza. Por favor que se lo diga a mi mujer. —(Humorist).



En lo que no ha cambiado la mujer es en la creencia de que las lágrimas son buen siendo su arma más efectiva.



—¡Cuánto muchacho se ha reunido en la esquina de la calle del Medio! A lo mejor se disponen a cantar aquello de la vieja bruja que vivía en un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



Para las mecanógrafas y las telefonistas, el día comienza, generalmente, a las cinco de la tarde.



Hay neoyorquinas que se casan solamente para asegurarse el viaje y la habitación en Reno.

SIEMPRE fueron los descendientes de Wifredo el Velloso espléndidos y desprendidos en sus fiestas. Las que se celebraban, por ejemplo, en la Ermita de Monserrate, en Matanzas, por los años del 85 al 95, rebasaban los últimos límites de lo rumboso y lo alegre: no eran fiestas para ellos solos, sino para todos los que, curiosos o gorrones, tenían el gusto de asistir a ellas. Las humeantes freideras y caserolas de arroz con pollo se multiplicaban hasta lo increíble; y con las sartas de butifarras y longanizas se podía, sin exageración, circunvalar lo menos un par de veces la pintoresca loma teatro del babilónico festín. Corría casi tanto vino allá arriba, y a veces más, que agua, allá abajo, en el rumoroso Yumurí. Los Castañer, los Rivas, los Gumá, los Baró, los Soler, los Serviá, todos los catalanes, en fin, acomodados de la bella ciudad de los dos ríos, echaban el resto ese día—ocho de Septiembre—para dejar bien puesto el glorioso pabellón del Condado.

Despierta en nuestra mente este recuerdo, el de aquella romería de Almendares que se celebró en la glorieta de igual nombre, allá por el año 82 u 83. Está tan descolorida por el tiempo esa postal, que hay que realizar un gran esfuerzo para que se distingan sus dibujos, los cuales se llegan a apreciar al fin, más con la voluntad, que con la vista. Se ve todo el ancho campo donde se asentaba la primitiva glorieta de Almendares, ocupado, como en una Gran Exposición Internacional, por animados y pintorescos pabellones representativos de las principales provincias españolas; incluyendo a Cuba. Alegres cantos y acoradas orquestas llenaban el ambiente de una no interrumpida animación, ofreciendo el vasto conjunto un pintoresco y regocijado panorama, acorde con la alegría y esperanza que por entonces palpitaba en todos los pechos. Aquí el Pabellón de la industriosa y rica Cataluña, con su bandera—tan gloriosa como revoltosa—viéndose en él a los más prestigiosos y populares miembros de su colonia: Perico Coll, Rabell, Rafecas, Barraqué, Maciá, Gener, aquel vivaz y estudioso joven Pedro Giralt que luego fué el respetable Don Pedro del DIARIO DE LA MARINA, el hombre que respondía a todas las preguntas; Mirabet, el inquieto periodista de «La Honorata» agente incansable de todo lo que pudiera ser vendible y se vendiese; Lluch, que nos hizo conocer los primeros tubos fonográficos, en los portales del hotel Pasaje, todos ellos fundadores y sostenedores de aquella sociedad de recreo «La Colla de Sant Mus», que sentó sus reales en los terrenos donde se encuentra hoy el Radio Cine, sitio entonces muy pintoresco, sembrado de grandes árboles y ornado de alegres y floridos jardines.

Otro Pabellón muy animado, el de Galicia, donde se oía constantemente el gemir de la gaita y su «roncón», acompañando el canto plañidero que suena allá en la tierra por valles y montañas: en este pabellón veíanse entre otras notables miembros de la colonia, a los Hermanos Ruiz, impresores establecidos en la calle de Compostela; a los Hermanos Novo, José, el mayor, ya abogado y escritor de nota, autor de un interesante estudio biográfico sobre Rosalía de Castro; y su hermano Enrique, periodista joven, que se firmaba entonces K. Ynzo, y que murió muchos años después siendo director del periódico «La Unión Constitucional». En el Pabellón de Sevilla, Mantecón, propietario del refrigerador de su nombre, en la calle de San Rafael; y los Hermá-

nos Navas, aquellos novilleros cubanos, que de vez en cuando organizaban entretenidas encerronas, cantaban peteneras al compás y guitarras y palillos. Muy bonito también el Pabellón de Murcia; y no se diga el de Valencia; el de Córdoba; y el de Granada, que imitaba un rincón de la Alhambra; y el de las Islas Afortunadas, donde las sentidas foías sonaban día y noche, entre altas tongas de turrónes, paquetes de gofio y nutridas cajitas de sabrosos higos... El Pabellón de Asturias—morcillas; sidras; ricas mantecas—y frescas y lindas asturianas, escogidas entre lo mejor de la colonia; el de la Montaña de Santander; y henos aquí frente al Pabellón de Cuba, que estaba al lado de la puerta de entrada, a la derecha.

Era un bohío de gran tamaño, con su amplio colgadizo, de cuya balastrada amarraban sus caballos los visitantes que venían en ellos; su techo de guano, estilo criollo; su piso de tierra de cocó apisonada; y taburetes de cuero en abundancia. Apenas se trapasaba el umbral de la pintoresca casita criolla, se respiraba ese olor tan característico de los campos de Cuba, sobre todo los que están próximos a algún ingenio: ese olor de guarapo de caña, mezclado al perfume de las capánulas que crecen en las cercas de piedra o en las rústicas de piña de ratón; ese olor de madrugada criolla, al que se añade el aroma sutil del rico café carretero que siempre se está haciendo en algún bohío cercano. El fuerte olor del guarapo cocido provenía de un trapiche instalado en el centro de la sala, que incesantemente molía cañas y más cañas, en su mayoría traídas del próximo ingenio Toledo; cocinándose después el guarapo en unos grandes tanques, bajo los cuales ardían sendos fogones alimentados por numerosos trozos de leña, todo ello manipulado por gente de trabajo, blancos



y negros, vestidos a usanza del campo, con sus guayaberas, sus pañuelos rojos y azules, y sus típicos sombreros de yarey, levantada el ala delantera a la mambisa, sin olvidar, desde luego, el clásico «Yaguarama» colgado al cinto. En ruidoso y animado chachareo cubiche veíase allí lo mejor de la sociedad habanera: la Condesa de Fernandina; la de Montalvo; la de Jaruco; los Condes de Casa Bayona, el Marqués de Casa Calderón, el prócer inolvidable; Colín de Cárdenas, caracolando en su jaca a la par del General Julio Sanguily. En una de las visitas que hizo al Pabellón de Cuba, el que entonces era el Capitán General de la Isla, el General Prendergast, Sanguily le brindó una taza de rico café, acompañando la delicadeza, con estas palabras que fueron muy comentadas: «Por un futuro mejor».

Reinaba en todos los pabellones el más sincero espíritu de cordialidad, haciéndose a menudo las más afectuosas visitas los representantes de ella. Un día los catalanes le hicieron una visita a los cubanos, tocados ellos también con sombreros de yarey, a la mambisa; y al día siguiente, los cubanos devolvieron la visita, a su vez, con barretines catalanes; celebrándose un opíparo almuerzo en el que alternaban la rica «munyeta con butifarras» y el sabroso «picadillo de tasaño con tomates», a la criolla. En el Pabellón de Cuba, un grupo de cantadores amenizaba las horas entonando puntos y guarachas al son del tipe y el güiro. Por aquella fecha preparaban su embarque para España los Diputados Autonómicos que habían salido en las últimas elecciones, entre otros, Montoro, Fernández de Castro, Giberga, Figueroa los cuales alguna que otra tarde iban a visitar la «casita criolla» siendo acogidos con calurosos aplausos y entusiastas gritos de «¡Viva la Autonomía!»

Otras fiestas catalanas de grata memo-

ria: las que se celebraban en «El Aplech» lugar de esparcimiento situado por los años de 1885 a 1887 en los amplios terrenos que actualmente ocupa el hotel Plaza, y detrás de los cuales levantábase la amplia carpa del decano de los empresarios ecuestres, Santiago Pubillones. «Aplech» en el idioma de Ausias March y el P. Jacinto Verdaguer significa: aplegamiento de gente. El espectáculo veíase cercado por una bien ajustada y construida valla de madera, de poco más de tres metros de altura, rematada en sus cornisas por una pintoresca sucesión de pequeñas lanuzas que sostenían infinitos gallardetes, ostentando los emblemas y colores de la gloriosa bandera de las barras. Detrás de esta valla oíanse continuamente, tarde y noche, entusiastas vivas y risas infantiles; alegres músicas y estruendosos aplausos: era como el rincón de la alegría habanera. Y allí carreras de ponies; bulliciosas y entretenidas encerronas de novillos; juegos y exhibiciones de acrobacias y no pocas veces importantes conciertos musicales, y fiestas y justas literarias, en las que con gran ostentación y júbilo se coronaba a los afortunados triunfadores. La entusiasta colonia catalana de entonces con su «Rat Pinchat», «La Colla de Sant Mus», y «El Aplech», se había cogido la Habana para ella sola; y muy a gusto de todos. El glorioso vate catalán P. Jacinto Verdaguer, autor inmortal del poema «La Altántida», capitán en uno de los vapores correos de La Transatlántica Española, asistió a alguna de aquellas fiestas literarias del «Aplech». En este campo de feria, una radiante tarde del mes de Junio de 1887, llevó a cabo su primera excursión en globo, el famoso capitán Infante, en medio de una enorme muchadumbre que lo aclamaba con ruidosos vivas y aplausos. ¡Qué valiente, este Capitán Infante! ¡Qué osado! ¡Qué atrevido! ¡Con qué tranquila sonrisa desafiaba el peligro!... Fué a caer un poco más allá de la Loma del Burro, de Jesús del Monte. También figuró en una pequeña corrida que se dió en el «Aplech», el famoso torero Luis Mazzantini, con algunos otros miembros de su cuadrilla.

Este «Aplech» se levantó en la esquina de Neptuno y Zulueta con los mismos materiales, maderas y adornos que se emplearon en la fiesta del «Gran Aplech» celebrada los días 12, 13 y 14 de abril de 1884, en los terrenos donde se proyectó levantar—Loma de los Catalanes—la Ermita a la Virgen de Monserrat, la milagrosa «Moreneta». Fué una fiesta única, para la que se recolectó entre los miembros entusiastas de la colonia 42,541 pesos, gastándose en aquella la suma de 26,000 pesos, y 2,000 en la instalación de la Masía de la «Colla de Sant Mus». Los mejores mozos de la colonia Catalana, entre los cuales dicho se está que no faltaba José Aixalá, sin Don, es decir, sin canas, constituyeron una Escuadra de Gastadores, cuyas armas eran símbolos de buena cocina sartenes, espumaderas, cazos, cucharas, etc. Vestían un figurín diseñado por un experto artista, con airosa gorra barretina, color rojo de viva sangre, con doblado verde, blusa azul, calzón a cuadros, polainas de canela y cinturón oscuro todo a medida y costando ocho pesos cada uniforme. Las mulas, enjaezadas a estilo catalán, con sus grandes borlas espanta moscas y sus vistosas cabezadas, componían una impedimenta nutritiva cargada de butifarras, grandes panes y miniestrás. Las casas de Crucellas y Sabatés, y la de Mestre y Martini, na otras, facilitaron sus mulas con de-

(Continúa en la Pág. DIECISEIS)

(Plano superior, de izquierda a derecha): Bobby Breen, estrella de «Atendiendo el hielo», a quien pronto veremos en la nueva película «Fisherman's Wharf», dotado de bien timbrada voz y cualidades artísticas indiscutibles. Irene Daire, maravillosa patinadora de cinco años, quien también aparece en el film «Rompiendo el hielo», gordiflunca y cautivadora. Peter Holden, que sobresale en la producción «The Great Man Votes», en la que el astro principal es John Barrymore. Viene luego Virginia Weidler, candorosa y de brillantes ojos confiados, que tiene parte en «Aves sin nido» y volverá a exhibirse en «The Great Man Votes». Y no dejemos atrás a la carita redonda y naricilla respingada, la diminuta Lorna Lynn.

(Plano inferior, de izquierda a derecha): Tommy Kelly y su compañerita, Ann Gillis, actores de soberbia gracia, desprovista de todo artificio, quienes hace poco se presentaron en «Peck's Bad Boy With The Circus», que aparecen juntos en «Adventures of Tom Sawyer», la bien conocida obra de Mark Twain. Dando una lección a su muñeco, vemos a Donnie Dunagan, querubín de cabeza leonina, que tan pronto se presentó en «Aves sin nido» cautivó al público de tal modo que es ya considerado como uno de los importantes «personajes» del écran, a pesar de sus tres años. El último es Rogel Daniel, actorcito principal en un complicado drama de la azarosa vida de pobres muchachitos errantes que se asilan en un campo de trabajadores. Es un chiquillo subyugador y se le predice un gran éxito en su próxima aventura cinematográfica.



## ACTORES INFANTILES INVADEN LAS PELICULAS DE GRANDES EMOCIONES

**I** NOCENCIA. naturalidad, el amor por todo lo que es sencillo, bueno y alegre! Adorable iniancia, que todos y cada uno de nosotros, ya nos creamos de corazón duro o blando, étnicos o ingenuos, recordamos como el más grande regalo de la Madre Naturaleza, los plácidos, dulces y radiantes años de la infancia, cuyas tiernas reminiscencias nos esmeramos en guardar en un recóndito rincón de nuestro ser y que nos acompañan perennemente a través del arduo sendero de la vida, sirviéndonos de solaz y consuelo. ¿Existe alguien quien no ame a los niños?

Esta es la principal razón por la que

### VIEJAS POSTALES

rróches de alegría buena voluntad. Tuvo lugar una comida de mil cubiertos, que se verificó en la Masía, levantada por «La Colla de Sant Mus», asistiendo en fraternales parejas cubanos y catalanes de los más distinguidos y acaudalados, entre otros, Don Leonardo Chia, Don José Salas, conocido talabartero de Teniente Rey y Cuba, padre de los Cónsules cubanos Salas Don Jaime Llampalla y otros, que con los citados mozos de Escuadra recorrieron la ciudad al son del alegre pasacalle que entonaba una banda:

Yo te Lencendré,  
al tío, tío fresco;  
Yo te Lencendré,  
el tío de papel,

repetido después por toda la chiquillería callejera, cuantas veces se celebraba una manifestación de contento.

Todas las fiestas de «La Colla de Sant Mus» eran animadas y suntuosas; y es de creer que los descoloridos de entonces guarden de ellas buenos recuerdos. Una, la celebrada en el Gran Teatro Tacon, la noche del quince de Noviembre de 1886, víspera de San Cristóbal. ¡Hace la friolera de medio siglo! El escenario se adornó de una manera regia, cubrien-

do el fondo y las partes laterales ricas colgaduras de damasco carmesí. En el barandaje de los palcos, se veían en unos grandes tarjetones, los nombres de las notabilidades literarias, cubanas y españolas, siguientes: Verdagner; Milanés; Núñez de Arce; Palma; Balaguer; Luaces; Rosalía de Castro; Gertrudis Gómez de Avellaneda; Campoamor; Quintana; Heredia; Aribau; Selgas etc. etc.

En el patio del teatro tocaba la banda de ingenieros que dirigía el maestro italiano Brochi, representante aquí en la Habana—fuera de la música—de la rica mortadella de Milán, cuyo depósito se hallaba en la casa en que se encuentra hoy el cine «Lira», Industria esquina a San José. Pero dejemos la mortadella; y volvamos a las butifarras, es decir, a la Colla, para ocuparnos de una fiesta organizada por ésta que tenía el más elevado aspecto literario. Fué proclamada reina de los Juegos Florales que en aquella se llevaron a efecto, la Excelentísima Sra. Dolores Martínez Vinalet de Callejas, esposa del general de este apellido; y el poeta premiado resultó ser el antiguo redactor del DIARIO DE LA MARINA, José Triay. El Comandante de Ingenieros don Joaquín Ruiz, ligado a lo mejor de nuestra sociedad y hombre de gran cultura y exquisito trato, hizo el resumen de la fiesta en un bello discurso—¡oh inson-

máticas, encanto personal e inteligencia singular. Algunos de sus actores juveniles son ya bien conocidos y su nombre atrae las multitudes a los teatros, otros están

dables secretos del destino!... Asistió a la fiesta el espada torero Luis Mazzanti, ni, quien no perdía prenda, como se dice; pues rara era la de rumbo en que él no se encontrara, correctamente vestido de frac o smoking.

Cuando se entera uno por cable y los periódicos, de los aquellarres, somatenes y hecatombes que tienen lugar por aquellas tierras del vino Alella y las sabrosas turtells de Manresa, nos viene sin querer a la memoria aquella alegría de la Colla y de las excursiones a la Ermita de Monserrate de Matanzas; y nos dolíamos de la inestabilidad de las cosas de la vida; y de lo fugaz y efímero de la humana dicha en este mundo. Allá por el mes de abril de 1886, un señor Onic—Selec nombre que huele a la legua a pseudónimo, le escribía al señor Celestino Blanche—es decir, a sí mismo—miembro animoso e importante de la colonia a que nos venimos refiriendo, una carta que empezaba con estas frases espeluznantes: «El eco del trueno que por doquier retumba, anunciando la proximidad de la horrible tormenta que amenaza convertir a la vieja Europa, y aun a la joven América, en otra Jerusalén; la obra revolucionaria sin cesar avanza, y bajo cuya fuerza incontestable el poder de la moderna civilización es casi impotente para contenerla etc. etc. y así por el estilo conti-

vacilando aún en la penumbra, a las puertas de la fama, al alcance de su mano, poseyendo todos la radiante fuerza artística que hace ora llorar, ora reír, ora latir rápidamente los corazones de quienes los contemplan repasando en su memoria los sucesos de aquel pasado tan apasionadamente amado por toda la humanidad.

¡Pequeños triunfadores de la pantalla! La fresca alegría de vuestras sonrisas, la candidez de vuestra mirada, la prodigiosa fuerza de vuestra inocencia, son cualidades más que suficientes para haceros penetrar en los corazones de las vastas audiencias de todos los países!

Convencidos debemos estar de que a pesar de la inflexibilidad e irónica actitud que a veces los habitantes de la tierra se esfuerzan en aparentar, en el fondo, su gran alma se estremece de emoción tan sólo al contemplar la perfecta confianza con que un niño tiende sus brazos o deposita su manecita en la de cualquier desconocido que encuentra en el camino, sonriéndole afectuosos, pues está seguro de que el mundo es bello, de que todos son sus amigos, de que los ángeles revolotean a su alrededor desplegando sus blancas alas protectoras.

nuaba el articulista de 1886, anunciando males y hecatombes, que como hemos visto, han tardado la friolera de cincuenta años en presentarse...

No fué tan poderosa ni inmediata la ola devastadora de que nos hablaba el señor Onic, hace medio siglo; y si en algún punto o puntos del globo alguna vez levantó la cabeza la hidra envenenada a que se refería, hemos visto que volvió a esconderla; y que el mundo continuó adelante su marcha incontenible. Llène pues, el optimismo nuestras almas y esperemos confiados en que todo pase; y en que vuelvan a lucir otra vez los alegres días del «tío de papel» y de las fiestas del «Aplech»; u otras parecidas; por que, digan lo que digan los señores Onic—que no oyen más que truenos—y piensen lo que piensen, los Seles— aún en medio de las más terrible y desatadas, el señor de Perogrullo, gran filósofo, asegura que es ley de la vida, la propia vida; y que ésta ha de continuar su camino, para el bien y la dicha de los humanos, guiada por el amor, la justicia y el derecho.

# El Capitán Friedrich WIEDEMANN, Soldado de la Paz



WIEDEMANN

HITLER DECIDE CON EL CUESTIONES DELICADAS DEL ESTADO, SIN CONSULTAR A LOS PROFESIONALES DEL CIRCULO DIPLOMATICO.—ES EL MENSAJERO PERSONAL DEL FUEHRER Y ACASO EVITO EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE EN EL CASO DE CHECOESLOVAQUIA.

QUIEN es este extraño personaje Fritz Wiedemann, de cabello alisado y sonrisa recatada, en cuyos ojos se revela la sinceridad del patriota y el enigma del hombre de estado?

Wiedemann siempre está viajando entre la Cancillería del Fuehrer en Berlín y la vivienda poética de Berchtesgaden. A veces, Hitler consulta a solas con él importantes cuestiones de estado, y en seguida lo despacha para tierras extranjeras, en dos ocasiones singulares, para Londres y para Washington, donde se cree que desempeñó delicadas misiones diplomáticas. De ordinario, nunca sabe en la mañana los mensajes que habrá de trasladar por la tarde, o acaso el Fuehrer lo llama para que lo acompañe en un viaje inesperado a Nuremberg, a la Renania o la Prusia oriental.

El primer viaje importante del capitán Wiedemann fué el que hizo a los Estados Unidos, donde permaneció varias semanas y fué recibido por el Presidente Roosevelt. Según todos los indicios, se trataba de una visita de estudio, con el objeto de llevarle al Fuehrer una impresión clara de la actitud de Washington. De que el caudillo alemán quedó plenamente satisfecho, da prueba el hecho de que poco después lo despachó para Londres con el encargo de averiguar la actitud verdadera de Inglaterra frente al problema de Checoslovaquia. No consultó a su Ministro de Relaciones Exteriores ni a su gabinete de consejeros. Habló con Wiedemann y puso en sus manos la misión delicada que había de desempeñar. Cuando regresó a Londres, los planes alemanes para intervenir militarmente en el Sudeste quedaron paralizados. Los generales del Fuehrer querían avanzar sin más ni más; pero el misterioso capitán pudo más que todos los galones del ejército más formidable del mundo. Pudo más que el partido Nazi; más que la prensa Nazi; más que los diplomáticos profesionales del Tercer Reich. Alemania estaba lista para marchar sobre el país vecino, y sin embargo, tenía que quedarse quieta al escuchar las órdenes del cabo y el teniente del antiguo regimiento bávaro. Así se escribe la historia.

Este regimiento era el 16 de Infantería. Como teniente, Wiedemann dictaba entonces y el Cabo Hitler obedecía con estricta disciplina militar. Eran dos ale-

manes llenos de patriotismo que luchaban por su bandera; dos compañeros inspirados en el mismo ideal; dos hombres que podían morir y estaban dispuestos a morir por su tierra. Los azares de la política europea los llevaron a vestir el uniforme en una época en que jamás se habría sospechado que llegaría el día en que ambos desconocidos serían los dos personajes más importantes del mundo.

Después de la guerra, Wiedemann se retiró a su finca, a vivir como un agricultor. A veces visitaba Munich, centro de actividad febril de los miembros del movimiento Nacional Socialista, en el que el ex-cabo Hitler comenzaba a destacarse. Veía con frecuencia a su antiguo subalterno, pero nunca quiso unirse al Partido, aunque tampoco repudiaba su programa. El capitán Fritz era un conservador entroncado en las castas militares; Hitler un idealista ligado al sentir de las masas oprimidas de Alemania. Aquel prefería la tranquilidad del campo; éste el fragor de la batalla, es decir, que el militar se tornaba pacifista, mientras el ciudadano entraba de lleno en una política agresiva y militante.

De repente, en el 1933 cambiaron radicalmente el ambiente y la situación del país. El venerable Von Hindenburg llamó al poder a Hitler, y una de las primeras cosas que hizo el Fuehrer al entrar a la Cancillería fué llamar a Wiedemann y nombrarlo su ayudante personal. Desde entonces, las encomiendas más delicadas de Hitler las lleva a cabo su camarada Fritz. Siguiendo la táctica de Wiedemann, conquistó la región Sudeten de Checoslovaquia sin derramar una gota de sangre.

Con Julius Seahub y Wilhelm Bruckner, Wiedemann forma el triángulo eficiente de los ayudantes inmediatos del Fuehrer. Cada uno de estos hombres tiene sus funciones especiales, conocidas de los altos funcionarios de la Cancillería, pero que permanecen en el misterio para el público en general.

Wiedemann cuenta 50 años de edad. Es alto, de hombros anchos, porte militar, excelente jinete y brillante espadachín. Uno de sus deportes favoritos es el automovilismo. Su franqueza inspira en seguida una confianza absoluta. Mantiene buenas relaciones con el Ejército, y se le considera el hombre de contacto entre este cuerpo y el caudillo del Tercer Reich.



Una concepción, debida al lápiz de un artista etíope, representándose la llegada de un aviador.

## EL ARTE PICTORICO DE ETIOPIA

AUNQUE CON INFLUENCIAS BIZANTINAS EN LA FORMA, LOS PINTORES ETIOPESES SE INSPIRAN EN MOTIVOS AUTOCTONOS

EL PUEBLO bélico, en cierto modo materialista, no es el abisinio el más cultivado entre los semitas, pese a lo largo de su historia dos veces milenaria.

Quizá por su espíritu guerrero, y también por su relativamente fácil adaptación a las influencias extranjeras, se han quedado un poco atrás los abisinos, en cuanto a cultura, producción y arte propios de sus hermanos armenios.

Pero ello no significa de ninguna manera que entre los que pueden buscar su origen en Salomón y la reina de Saba se carezca en absoluto de inquietudes artísticas y de concepciones más o menos exactas.

Veamos, para demostrarlo, un aspecto interesante e ilustrativo: el pictórico. ¿Puede hallarse en estas obras inefablemente ingenuas que ofrecemos al lector el atisbo de una técnica, elemental, es verdad, pero cierto punto significativa?

Indudablemente. Salta a la vista en ellas un sentido de la composición, aceptables con las naturales reservas. Denotan la existencia de esa inquietud artística que abona incommensurables esfuerzos, bien que no lleven éstos a muy felices realizaciones.

Contemplando estas obras, y guardando desde luego las distancias, cualquiera piensa en la escuela bizantina con muchas de cuyas producciones representativas ofrecen tantas analogías, ese mismo raro sentido de la composición de que hablamos; esa visión estética en la que la simetría ocupa tan importante lugar, y esas características del trazado nos dicen claramente de las influencias del bizantinismo en el arte pictórico abisinio.

Y lo más curioso es lo que de intuitivo hay en esa orientación artística de los etíopes, de lo que da una idea exacta, el hecho de que muchos de sus pintores, como el autor de las presentes muestras, apenas saben leer y escribir careciendo, por lo tanto, de una cultura que podría justificar, a fin de cuentas, determinadas influencias en sus obras.

Y ya en trance de establecer parangones y bucear en el origen de las modalidades de la pintura abisinia, anotemos cierta similitud entre ella y la escuela de simplicismo pictórico, que con uno de sus más altos exponentes en Gros conquista terreno en el ambiente artístico moderno.

Ninguna de las consideraciones expuestas tiene la pretensión de exaltar méritos que el lector pudiera negar. Mucho tiene que llover para que atisbemos realidades positivas en lo que hoy no pasa de ser conato encomiable.

Aquí están esos botones de muestra que pueden relevarnos fácilmente de más prolijos comentarios.

Hay en algunos cuadros frescura intuitiva y una cierta agilidad graciosa, lo que acredita la capacidad de interpretación y la sensibilidad estética de sus autores.

Y hay sobre todo en ellos por encima de su matiz infantil y si se quiere pueril, algo halagador para el pueblo de los «rasas»: la personalidad en el motivo.

Mejor o peor, el pintor abisinio nutre su acervo artístico con emociones propias. Busca en las perspectivas de su historia, sus tipos y su ética y no en los de otro pueblo, la cantera de su inspiración, la médula de su arte. Aunque su arte deje traslucir, en la forma, las influencias extranjeras inevitables—y condicionalmente favorables—en un pueblo que a pesar de sus dos milenios de historia, se ha quedado atrás...

**D**OY todas mis riquezas por un pan. ¿Quién las quiere? Sentado ante una puerta, Sidbi-bel-Abbés hizo una mañana en la ciudad de Ceuta el extraño ofrecimiento. Todas sus riquezas por un pan. Los árabes que iban camino del mercado se detenían a mirarlo, pero reanudaban en seguida su marcha. ¿Por qué pronunciaría tan extrañas palabras aquel hombre santo?

—Todas mis riquezas por un pan. ¿Nadie las quiere?

Un judío se detuvo también ante la puerta. Miró al santo árabe, meditó un segundo, corrió al mercado y regresó para decir a Sidbi-bel-Abbés:

—Aquí tienes el pan.

Siddi-bel-abbés recibió el pan; pero exclamó en seguida:

—¡Oh! ¡El pan está frío!

Y los ojos del santo se llenaron de lágrimas. La noche anterior había visto, en sueños, a un mendigo que le fuera enviado por el profeta para anunciarle que la ciudad iba a ser tomada por los cristianos: «Ofrece mañana toda tu fortuna por un pan. Si el pan que te entregan es caliente, la ciudad se salvará de los cristianos; si está frío, deberás abandonar Ceuta para que tus ojos no vean la destrucción de la ciudad».

El santo entregó entonces sus riquezas al judío, y huyó hacia el sur, refugiándose en una ermita cerca de las montañas del Atlas. Mientras tanto, una fragata portuguesa llegaba al puerto de Ceuta, descargando una gran cantidad de cajones y barricas; a la hora de la oración, cuando los árabes reunidos en la mezquita se prosternaban para rendir homenaje a Alá, los cajones y las barricas se abrieron mostrando su mercancía: soldados portugueses que repitieron la aventura troyana apoderándose de la ciudad. La profecía estaba cumplida.

El santo que había entregado todas sus riquezas por un pan vivió hasta el fin de sus días en la ermita de Marrakesh—nombre árabe de la ciudad de Marruecos—. Había renunciado a todos los halagos del mundo para entregarse a la contemplación mística. En esa ermita reposan aun sus restos, y sobre ella se levanta el santuario más extraño de la tierra: un santuario-asilo, donde se refugian los enfermos y los criminales, los hambrientos y los ascetas.

Se llega al asilo después de cruzar toda la ciudad de Marrakesh, pasando por las calles techadas que apenas dejan filtrar algunos rayos de luz, y por atormentadas callejuelas que desconciertan al más ducho en resolver problemas de laberintos. Las puertas del asilo están siempre abiertas. Pasan por ellas los peregrinos que quieren rendir tributo al santo; los leprosos, que van en busca de un rincón donde puedan morir sin inspirar repugnancia; los mendigos que necesitan la seguridad de un plato de sopa; los milagrosos que sienten agotada la misteriosa energía interior indispensable para ofrecer sin peligro su lengua a las mordeduras de las serpientes; los paralíticos, llevados en brazos, cuyos ojos encendidos revelan un fanatismo propicio para la cura repentina. Y los criminales, también.

Criminales, sobre todo, son los que cruzan las puertas de este santuario. Les basta poner el pie en el umbral para que ninguna justicia del mundo pueda ya perseguirlos. Poco importa que hayan cometido el más horrendo de los crímenes, poco importa que hayan intentado matar al mismo sultán de Marruecos: las puertas del asilo están abiertas para él, como para todos. En el asilo le darán de comer, y le ofrecerán la protección que el

## “Doy todas mis riquezas por un pan”

alma del santo ofrece a todos los fieles. ¡Siddi-bel-Abbés vivió entregado a la meditación, y el lugar donde está su tumba no puede ser violado por ninguna autoridad de la tierra! En esta casa de Marrakesh sólo impera la voluntad de Alá; y Alá quiere que cuantos lleguen hasta la tumba del santo permanezcan allí a salvo de todo riesgo y de toda amenaza.

### LOS ESTANQUES DE LA FE

En el gran patio central, los fieles hacen sus abluciones. Nadie se atreve a presentarse ante la tumba del santo sin antes purificarse: hay que lavarse las manos, la boca, la cabeza; el cuerpo todo, especialmente los viernes. Cuatro grandes estanques permitirían que los fieles se dividiesen: en el primero podrían lavarse los milagrosos, en el segundo los paralíticos, en el tercero los criminales, y en el cuarto los leprosos. Pero ¿cómo establecer diferencias entre esos hombres, si todos ellos tienen una sola cosa en común: su fe en el profeta? Junto a los estanques, numerosos bancos permiten que los fieles descansen y mediten antes de ir hasta la tumba. A la tumba hay que llegar con el ánimo bien recogido y dispuesto.

Y aquí está la tumba, en una amplia sala. El santo de Marrakesh descansa bajo la luz de cientos de lámparas. Finos tapices de seda cubren su tumba. No le-



«... Y el judío recibió, a cambio de un pan, todas las riquezas del santo Siddi-bel Abbés... Y con gran ansia contó las relucientes monedas...»

**HASTA 1,800 CRIMINALES Y LEPROSOS VIVIERON UNA VEZ DENTRO DEL SANTUARIO DE MARRUECOS, PROTEGIDOS POR LA SOMBRA VENERADA DEL SANTO SIDDIBEL-ABBES**

Por CARLOS VIVOT



Camino del Templo, los peregrinos se detienen un instante ante el encantador de serpientes.

jos de ella, una gran caja abierta recibe las ofrendas. Los peregrinos son los más avaros: dejan una que otra moneda; pero los leprosos y los criminales arrojan en la caja toda su riqueza, pues ya no necesitarán, nunca más, ese dinero, que sólo tiene utilidad en el mundo de los hombres sanos y libres.

Un murmullo constante, de rezos, se eleva en la sala. El alma de Siddi-bel-Abbés recibe aquellos rezos como uno solo. No puede hacer distinciones. Todos esos hombres necesitan de su amparo, y a todos esos hombres el santo les da su protección. El paralítico, traído en los brazos del hermano o del hijo intenta incorporarse, después de haber articulado sus plegarias; y lo consigue, con naturalidad, sin que nadie se asombre, porque eso es lo normal, lo corriente, en la tumba del santo. Vuelve a prosternarse, el paralítico, y eleva nuevas plegarias de agradecimiento, y se incorpora por segunda vez

y sale. Los leprosos no; se quedan allí, tumbados; los criminales tampoco salen: buscan un rincón, el más oscuro, y permanecen inmóviles durante horas.

Los leprosos saben que en la tumba no evitarán la muerte que los espera. Han venido porque es duro morir en el desierto, abandonado de todos. Los criminales saben que en la tumba no evitarán la cárcel: ¿no es esa una cárcel de la que no podrán salir nunca? Pero es una cárcel que ellos mismos se han elegido, y eso basta para que no parezca cárcel. Además, mientras estén protegidos por la sombra del santo saben que no los atarán a cuatro palos clavados en la tierra y que no los azotarán con látigos untados de brea.

### El Asilo de Seddi-bel Abbés

Sólo el paralítico encuentra en el asilo el milagro que lo restituye a la vida plena, con la salud que había perdido. Siglo de escepticismo, de la negación de los milagros, tiene, empero, un oasis de cre-

encia bajo la sombra protectora del alma de Seddi-bel Abbés, el santo que dió todas sus riquezas a cambio de un pan frío.

El lisiado tiene fe, quiere la vida y encuentra en el ambiente de santidad del asilo y en su propio interior la fuerza que lo hace resurgir.

Los otros encuentran otra cosa: paz. El tormento termina, y hasta la atmósfera adormece el arrepentimiento.

Hay olvido, serenidad, quietud, inviolabilidad. Es como otro mundo hasta el que no alcanzan las miserias terrenas.

La amplia sala de la tumba está en el medio del asilo. En los cuatro costados, después de los patios, enormes galerías conducen a las habitaciones reservadas para los asilados. La mayoría de los hombres permanecen bajo esas galerías. El hombre de Marruecos no necesita nuestro confort; el criminal y el leproso están acostumbrados a vivir en las más sucias chozas de los adueros y a dormir sobre una manta o una arpillera en las arenas del desierto. En esas galerías hay espacio suficiente para todos: hasta mil ochocientos hombres han encontrado asilo, alguna vez, en el edificio inviolable que entregó todas sus riquezas por un pan. Mil ochocientos hombres; leprosos, criminales, mendigos. A nadie se le pregunta nada; lo único que se exige es que quien cruza el umbral de este asilo único en el mundo crea esto: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta».

Los europeos que dominan el noroeste de Africa han inventado también un «asilo» donde a nadie se le pregunta nada: son las «legiones extranjeras». Pero en ellas sólo se recibe a hombres sanos; y se les exige, además, no que crean en Dios sino que estén dispuestos a matar y a dejarse matar. Aquí basta, para verse libre del mundo, hacer una ablución, murmurar una plegaria y no asustarse, si se es criminal, del contacto con los leprosos.

## Una narración de GERALDINA FARRAR

**N**ADA más verdadero que el hecho de que las personas que deciden escribir sus autobiografías con frecuencia olvidan capítulos interesantes de sus vidas.

Acabo de leer la última página de la deliciosa narración que nos ha regalado la artista Geraldina Farrar, en la que cuenta los incidentes de su pintoresca carrera operática y le rinde homenaje a los espíritus afines que la estimularon y le dieron inspiración en su trabajo. No se necesita pertenecer al gremio de los cantantes para estimar el encanto de esta diva, que nos deja prueba inequívoca de su grandeza en la sinceridad de sus apreciaciones.

Había de tocarme a mí, por un triple accidente de tiempo, lugar y circunstancias, recordar uno de los momentos más dramáticos de la vida de esta actriz y de paso quizás el más romántico de mi experiencia.

Hace catorce años, estando en una fiesta de fin de semana en Newfoundland, en el estado de New Jersey, a la que la Farrar había sido llevada como huésped de honor, ésta recibió un mensaje telefónico que la imponía de la inesperada enfermedad de su señora madre, quien residía entonces en la calle 74 de Nueva York. Sin perder un solo instante, Geraldina se echó una capa de auto, llamó a su chofer y salió precipitadamente. A mí me tocó el honor de acompañarla como escolta.

Era la media noche y había poco tráfico en la carretera; de consiguiente, como se trataba de un caso de extremada urgencia, recorrimos las 40 millas de distancia que hay entre Newfoundland y la colina que queda cerca del desembarcadero de Fort Lee a orillas del Hudson, en cincuenta minutos. Allí nos encontramos con una larga fila de automóviles que se extendía como una serpiente hasta el lugar donde atracan los vaporcitos del río. Todo parecía indicar que nos demoraríamos un par de horas.

—Miss Farrar, —le dije después de un momento de silencio— la única alternativa que nos queda es caminar. ¿Cómo está el calzado?

—Llevó zapatillas de noche y medias tejagaditas, pero me sobra la voluntad en los pies—contestó.

Bajó del auto, se echó una bufanda de chifón sobre el cabello, se abotonó la capa hasta el cuello y se colgó de mi brazo. Por el empedrado y el polvo del camino continuamos adelante, pasando junto a la larga fila de coches cargados de turistas que regresaban a Nueva York fatigados y disgustados con motivo de la paralización del tráfico. El cielo mostraba algunas estrellas y a lo lejos se divisaban las luces de la gran ciudad.

Ni una sola de las personas que formaban en la procesión de aquella noche, tenía como un dragón de movimientos lentos, sospechaba que este caballero errante iba por allí cual moderno San Jorge escoltando a la beldad hacia su casa. Desde la colina contemplábamos los vaporcitos del Hudson que iban y venían entre Fort Lee y la otra orilla del río materialmente atestados de transeúntes nocturnos. En ningún instante de la caminata oí a la Farrar quejarse en absoluto de los contratiempos que estaba pasando en mi compañía.

A la una y cuarto llegamos a la falda de la colina, cruzamos la carretera y tomamos el próximo vaporcito, mezclándonos con la enorme multitud que regresaba de sus paseos. Era la primera vez en mi vida que la Farrar se codeaba con el

montón anónimo en aquella forma. Valientemente observaba lo que tenía por delante, mientras yo me abría paso a puro esfuerzo para llegar a la cubierta inferior del buque. En la plataforma delantera había un grupo de alegres parranderos tocando guitarras hawayanas y banjos y cantando baladas francesas entre el humo denso de los cigarrillos. Me acerqué y le murmuré al oído a Geraldina:

—Cállese la boca, Carmen, que esta noche no le toca cantar a usted. Si la llegan a reconocer...

—No es maravilloso el espíritu de la juventud? —me dijo en voz recogida.

A la una media llegamos al desembarcadero y la fila de automóviles de alquiler que contemplamos a 40 pies de distancia nos reparó los nervios.

—Sujétese, que vamos a saltar—le dije al detenerse el vaporcito en el muelle y ser levantados los portones de hierro.

De repente, ella empezó a llorar:

—He perdido una zapatilla.

—Al infierno con la zapatilla. —le grité con marcada falta de educación. Y acercándose al policía que bregaba por ordenar a las masas, le indiqué que la dama que me acompañaba era Geraldina Farrar y que tuviera la bondad de llamar-me un auto.

El guardia no pensó un minuto, sino que sacó del primer auto disponible a uno de los parranderos, y nos empujó adentro a la Farrar y a mí, exclamando al propio tiempo que nos despedía:

—Servido, señor Caruso!

A la una y cuarenta minutos entregaba yo a la diva en su casa, sana y salva pero sin una zapatilla. De allí me marché a mi hogar. Pocos minutos después de llegar, sonó el timbre del teléfono. Era Geraldina que me decía:

—Creo que tiene derecho a saber que la enfermedad de mi madre no es nada serio. Ya se ha levantado y me está atendiendo a mí. Buenas noches, Caruso.

En mi opinión, la obra «Años Turbulentos» (Editorial Dodd Mead) de Isaac Marcossou es uno de los mejores libros escritos por este autor durante los muchos años que se ha pasado entre los financieros, humanistas y estadistas del mundo entero. Pocos hombres han tenido tantas oportunidades para estudiar de cerca a la gente más distinguida y por eso me atrevo recomendarle a mis lectores que lean este libro para que conozcan a las celebridades.

En la obra relata el incidente de una entrevista que le hice en el 1929 a Ivan Kreuger, el rey Sueco de los fósforos, quien me pidió no la diera a conocer hasta que Marcossou publicara otra que le había hecho antes que yo. Por cortesía a mi colega, complací a Kreuger. Pero al narrar estos datos en su obra de reciente publicación, Marcossou ha olvidado lo que sucedió después, la escuela de mi entrevista con Kreuger.

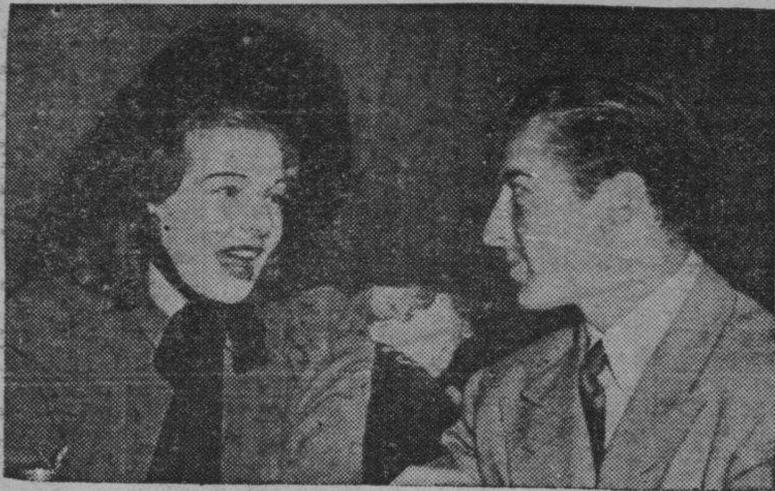
En aquella ocasión celebré mi triunfo haciendo cuatro fotografías del Creso escandinavo. Ninguna me pareció suficientemente buena para publicarla en mi libro «El Hombre hace su propia máscara», en que aparecen fotos de 130 personalidades ilustres de todos los países y del cual se imprimieron 130 ejemplares para vender a \$100 cada uno. Cuando Isaac

Marcossou regresó de Europa, le hablé del libro que se iba a publicar y en cuyas páginas figura su fotografía. Me preguntó si aparecía también la de Kreuger.

—No —le contesté— ese hombre posee un rostro prohibitivo y no estará en la colección.

—Estás haciendo un gran error al dejarlo fuera, —repuso Isaac— y perdiendo de paso la oportunidad de vender diez ejemplares más de la obra. A él le encanta la publicidad y es uno de los grandes hombres de este tiempo. No seas tonto.

## LOS CONCURSOS DE BELLEZA MASCULINA ESTAN DE MODA



En Europa y en América se buscan continuamente ejemplares de belleza masculina capaces de sobresalir y admirar, pero la palma se la ha llevado un africano—de Argelia—que ha sido proclamado el hombre más bello del universo y que acaba de llegar a Hollywood, sin duda en busca del contrato de cine que le permita hacerle al mundo, desde la pantalla, el regalo de su linda efigie.

**L**OS concursos de belleza masculinos, se están poniendo de moda, tanto en Europa como en América. No hace mucho los periódicos de Londres publicaban la fotografía de Cyril Randall, quien era llevado en hombros —o en brazos— por un grupo de muchachas que no parecían inglesas, si es verdad eso que dicen de que las chicas de Londres no son de las más bonitas del universo. Entre ellas y él, para nosotros por lo menos, la elección no hubiera sido dudosa. Pero lo cierto es que las muchachas habían escogido a Randall como el más guapo del Carnaval de Brighton —la playa que en Inglaterra viene a ser como la Atlantic City de los Estados Unidos— y lo paseaban en triunfo, entusiasmadas con su tipo...

No hace mucho París celebró un concurso encaminado también a buscar el atleta más bello de Europa. Dos periódicos de la capital de Francia y la Federación Francesa de Cultura Física, patrocinaron el certamen en el que tomaron parte 4.000 jóvenes procedentes de todos o casi todos los países europeos. Poco a poco todos fueron siendo eliminados hasta que al llegar a las finales se presentaron solamente a competir 61 de ellos.

Muchos de los concursantes se embalsamaron los cuerpos con aceite de ese

En la mañana del 12 de marzo de 1932, llamé por teléfono a Marcossou y le pregunté cuantas acciones tenía de la firma de Kreuger & Toll.

—Bastante—me contestó. Es una inversión muy buena. Por qué preguntas?

—Por nada. Puedes despedirte de esas acciones. Kreuger se acaba de volar la tapa de los sesos en un hotel de París. Engañó a los que lo respaldaban, pero mi cámara fotográfica descubrió a tiempo en su rostro las cualidades características de los hombres honrados.

El resto de la conversación carece de importancia. Mi obra «El hombre hace su propia máscara» se publicó con treinta días de anticipación al suicidio de Ivar Kreuger—en el aniversario del natalicio de Lincoln, 12 de febrero, para mayor exactitud.

que se usa contra el sol, para que brillaran y dejaran ver mejor la ezhuberancia de los músculos. Otros emplearon una solución de tintura de iodo con el fin de que la piel adquiriese el color de la de los indios. Otros se impregnaron de una solución permanganatosa, y todos procuraron huir del tipo rubio, que estaba en desventaja. Y efectivamente ellos jueces franceses desdénaron los tipos nórdicos y le dieron la palma al latino, concediendo los tres primeros puestos del certamen a dos franceses y un italiano.

Por cierto, los norteamericanos no parecen estar tampoco lejos del gusto francés, a juzgar por el hecho de que proclamaron a Glenn Morris, campeón olímpico de «decathlon» en 1936, como el poseedor del cuerpo masculino más perfecto de Hollywood.

Pero el hombre más bello del mundo, si hemos de tener en cuenta el resultado de otro concurso recientemente celebrado, no es europeo ni americano, sino... africano. El hombre se llama Emilio Bonnet, y es natural de Argelia. Actualmente se encuentra en los Estados Unidos, y, como es natural, se apresuró a visitar la capital del cine. Tal vez a estas horas se halle extrañado de que no le hayan ofrecido todavía un contrato para hacer películas...

# LOS MUERTOS DEL AÑO



**N**ÚMERO 1.—A los 77 años de edad falleció en París el día 4 de enero de 1938, Jaime Hans Ryner, literato francés. Era considerado un astro de la literatura francesa y entre sus obras más notables, figuran «Los Esclavos», «El Quinto Evangelio», y «El Ingenioso Hidalgo», obra esta última, en que el famoso autor revela un profundo conocimiento de la literatura hispana.

—000—

Número 2.—El 13 de enero, murió en Madrid Don Juan de la Cierva y Peñafiel político monárquico, que tanto se destacó en la época de Maura.

—000—

Número 3.—El 23 de enero, murió en Bogotá, el doctor Ismael E. Arcienegas, uno de los patriarcas de la literatura colombiana.

—000—

Número 4.—En Buenos Aires, su ciudad natal, falleció el 27 de enero Enrique García Belloso, destacado escritor argentino.

—000—

Número 5.—Armando Palacio Valdés, legítimo orgullo de la literatura y de la novela española, murió en Madrid, el día 3 de febrero de 1938. La labor de Palacio Valdés, fué tan fecunda como meritoria,

## Las figuras más destacadas que desaparecieron en 1938

pero entre las obras que harán su nombre inmortal, no puede menos que citarse «La Hermana San Sulpicio», la obra más leída en España y en la América Latina, en lo que va de siglo, y cuya popularidad sólo es comparable a la «María», de Jorge Isacco a «La Casa de la Troila», de Pérez Lugín.

—000—

Número 6.—En Atenas falleció el 8 de febrero, el Príncipe Nicolás de Grecia. Era tío del actual monarca griego y padre político del Duque de Kent.

—000—

Número 7.—El 16 de febrero, murió en Cardenal Luis Capotosti.

—000—

Número 8.—Monseñor Juilo Campero, Obispo de Salta, (Argentina), falleció en dicha ciudad el 19 de febrero.

—000—

Número 9.—Leopoldo Lugones, el excelso poeta, escritor y político argentino, murió en forma trágica en San Fernan-

do, el día 19 de febrero. Era el poeta magnífico, el prosista de fibra de mentalidad extraordinaria, verdadero artífice de la palabra escrita.

—000—

Número 10.—Bob Scripps, gran periodista norteamericano, murió el 2 de marzo de 1938.

—000—

Número 11.—Gabriel de Annunzio, Príncipe de Monte Nevoso, militar y poeta, el héroe de la epopeya de Finme, falleció el 2 de marzo de 1938 en su residencia de «Vittoriale», en las cercanías del Lago de Garda.

—000—

Número 12.—En el Cairo, murió el 7 de marzo de 1938, Tewfik Nessim Pashá, ex Premier de Egipto.

—000—

Número 13.—Clarence Darrow, el famoso abogado criminalista norteamericano, murió en Chicago el 13 de marzo de 1938. Ganó mucha fama cuando ac-

tuó como abogado en el caso Scopes, entre la evolución humana, celebrado en Dayton, Tennessee.

—000—

Número 14.—El Maharaja de Patiala, considerado como uno de los hombres más ricos del mundo, falleció en su palacio de Lahore, Indostán, el día 23 de marzo de 1938.

—000—

Número 15.—Sir Thomas Vansittart Bowater, ex Lord Mayor de Londres, falleció en la capital británica el 28 de marzo de 1938.

—000—

Número 16.—El 28 de marzo, murió Edward H. House, Coronel norteamericano de destacada actuación durante la Guerra Europea, y que fué íntimo amigo y representante personal y confidente del Presidente Wilson.

—000—

Número 17.—El 31 de marzo de 1938, murió en Klang, el Sultán de Selangor, Malasia.

Número 18.—El famoso cantante ruso Chaliapin, murió en París, el 12 de abril de 1938.

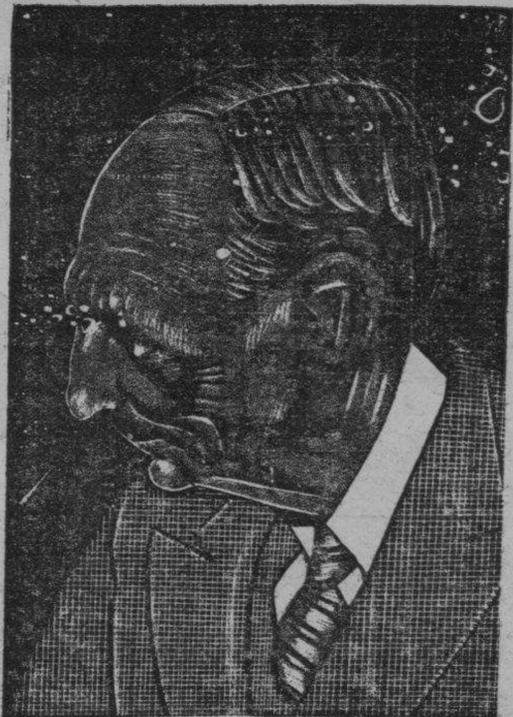
Número 19.—El 13 de abril, murió el

(Continúa en la Pág. VEINTICINCO)

**E**l enemigo número uno de las uniones obreras y del trabajo organizado, es Henry Ford, que se ha opuesto con todas sus fuerzas a que el C. I. O. —Comité para la Organización Industrial— que preside John L. Lewis, lleve hasta sus talleres y sus fábricas la dictadura proletaria. Sin embargo, cuando en 1913 el ya opulento Ford estableció en sus dominios de rey de la industria automovilística el jornal mínimo de cinco dólares, el resto de los industriales norteamericanos lo tildaron de socialista y loco.

«Paradoja? Ford lo ha negado siempre, mientras hacía fuerza en la firmeza e inamovilidad de sus convicciones. Para él todos sus obreros tienen algo de hijos, los que procura orientar y ayudar siempre que puede. Pero Henry Ford, que no necesitó de peticiones ni coacciones de ninguna clase para dotar a sus obreros de los jornales más altos que se habían pagado en el mundo, no cree ni en la dictadura del proletariado llevando a una fiscal amador o menor, ni siquiera en la inutilidad más o menos desinteresada de los que, como Mr. Lewis, vuelven de repente la espalda al pasado y tratan de convencer a sus semejantes de que tienen vocación de redentores.

Tal vez porque Henry Ford no necesitó de la ayuda de nadie para triunfar, sino que por el contrario lo debió a su desamorado y a las explotaciones que sufrió en sus primeros años de trabajador, estima que esas tendencias que pretenden nivelar a los hombres resultan, a la larga, contraproducentes. El había nacido el 30 de julio de 1863 —acaba de cumplir 75 años— hijo de William Ford, inmigrante irlandés, y de su mujer María... Y a los 16 años, sintiendo en la vida de agricultor que le preparaba su padre no era la que más se ajustaba a su temperamento, un día decidió rebelarse contra las imposiciones paternas y buscar en la cercana población de Detroit la ocupación de mecánico en que estaba seguro de hacer carrera.



FORD

**CUANDO, EN 1914, ESTABLECIO EL JORNAL MINIMO DE CINCO DOLARES PARA SUS OBREROS, LOS DEMAS INDUSTRIALES DEL PAIS LO TILDARON DE SOCIALISTA. AHORA EL OBRERISMO LO JUZGA COMO EL ENEMIGO MAYOR QUE TIENE EL TRABAJO ORGANIZADO. EL DIA MAS FELIZ DE LA VIDA LABORIOSA DE HENRY FORD, CAMPEON DE LA VELOCIDAD A PRINCIPIOS DE SIGLO, PERO QUE NO QUISO VOLAR HASTA QUE LINDBERGH SE APRESTO A DARLE UN PASO POR EL ESPACIO.**

# Henry Ford,

## EL MULTIMILLONARIO QUE FUE TILDADO DE Socialista

Durante 9 meses Henry Ford trabajó sin descanso, no menos de 15 horas cada día. Y como con los dólares y cincuenta centavos que le pagaban a la semana no tenía lo suficiente para vivir, parte de las

nueve horas que le quedaban para el descanso tenía que dedicarlas también a componer relojes. Tal vez andando el tiempo Ford se alegró de aquella pobreza que le dió la oportunidad de pensar en

las posibilidades de la nueva máquina que se llamó automóvil, mientras componía las otras.

En su campesina localidad había quedado una muchacha por la que Ford sentía una inclinación pronunciada. Ella, también, parecía gustar de la compañía que aquel jovencito huesudo y desgarrado que bailaba menos pero pensaba más que la generalidad de los muchachos que conocía. Y Ford decidió un día volver a su casa, no porque lo convenciera la tierra —que la necesidad de la vuelta a ella solo había de sentirla y recomendarla 50 años después— sino porque había decidido casarse, convencido de que el matrimonio es el destino natural de hombre, y él había escogido para esposa a aquella muchachita de su pueblo hija de un agricultor, que se llamaba Clara Bryant. Ford tenía entonces 25 años.

No hace mucho un célebre escritor norteamericano entrevistó a Henry Ford y le preguntó cual había sido el día más feliz de su vida. Esperaba que le contestara que aquel dichoso día en que, haciéndose realidad sus sueños todos, había visto funcionar por primera vez su automóvil. Pero Ford lo sorprendió con la respuesta:

«El día más feliz de toda mi existencia —dijo— fué el día que me casé con mi mujer...»

Más de 25.000 personas acudieron en Dearborn a festejar a Henry Ford en el mes de julio pasado, con motivo del 75 aniversario de su natalicio. Y él aprovechó la oportunidad para pronunciar una de esas sentencias o frases suyas que lo han hecho en Norteamérica tan famoso como sus automóviles: «si supiera en que consiste el bien, eso sería lo que siempre hiciera.

Cuarenta años tenía Ford cuando organizó, con un capital de 28.000 dólares, la Ford Motor Company. Desde entonces —1903— ha producido 26.000.000 de automóviles que en ocasiones han salido de sus fábricas a un ritmo de 10.000 carros cada 25 horas. No ha mucho se estimaba su fortuna en 717.359.366 dólares, distribuidos en 6.943 compañías diseminadas por todo el país y el extranjero. Se calculaba también que los sueldos y jornales diarios que pagan las compañías de Henry Ford, ascienden a la increíble cifra de 840.000 dólares.

El mismo año que inició la fabricación de automóviles obtuvo el record de velocidad corriendo sobre la superficie terrestre —ese record que ahora posee el capitán Campbell— dándole a su automóvil de carreras una velocidad de 60 millas por hora. Esa misma rapidez la alcanzan ahora los carros que le vende al público, a poco que se aprieta el pie sobre el acelerador.

Aunque Ford se le puede estimar como el primer «pioneer» en lo que se refiere al automovilismo, no ascendió nunca en un avión hasta que Lindbergh no se brindó a llevarlo bastante tiempo después de su histórico vuelo a París.

Como es sabido, Henry Ford solo tiene un hijo, Edsel, a cuyas manos ha ido traspasando la dirección de sus negocios. No obstante Ford se siente fuerte y saludable, piensa vivir cien años y dedica buena parte de su tiempo al entretenimiento que le proporciona su museo histórico de Greenfield Village.



### UNA CAMARA «FOTOFONICA» PARA PROBAR VIOLINES

El famoso violinista Jascha Heifetz, examina la nueva cámara fotofónica perfeccionada por la famosa Universidad de Harvard. El profesor F. A. Saunders hizo uso de la cámara para probar dos de los violines de Heifetz.—(Foto Acme-Editors Press).

La verdadera vida de los presos en la Isla del Diablo



# Tres "Golpes Duros" en el PRESIDIO

Versión Exclusiva  
para  
DIARIO DE  
LA MARINA

POR XAVIER VILLANOVA, EX VIGILANTE MILITAR  
DE LOS ESTABLECIMIENTOS PENITENCIARIOS DE  
LA GUAYANA FRANCESA.—RELATO RECOGIDO

*Moi, j'ai vécu parmi eux*

*Ex-surveillant militaire des  
penitenciers Guyanais.*

Xavier Villanova, el vigilante de los presos de la Guayana francesa (y de la Isla del Diablo), quien relata en esta crónica—posiblemente la más documentada de cuantas se han escrito relativas a «la Guillotina Seca» de los franceses—varias de las evasiones y numerosas vicisitudes de la vida cotidiana del presidio. En el autógrafo que insertamos (abajo), dice Villanova en pocas palabras más que muchos de los numerosos cronistas visitantes del terrible presidio:

«Yo he vivido entre ellos»

POR HARRY GREY

desabotonada, pero no olvida su revólver cargado, el arma reglamentaria que un vigilante no debe abandonar jamás—durante el servicio o fuera de él.

La jornada ha sido dura en estas latitudes del clima terrible, infestadas de bestias insoportables, peligrosas o simplemente repugnantes: mosquitos venenosos, arañas gigantes, hormigas rojas, escorpiones, reptiles de todas las tallas.

De repente, una sombra se desliza cerca del vigilante: es Ahmed, llamado «Bibi-que», su ayudante árabe.

—Jefe —murmura el indispensable colaborador—; algunos evadidos han vuelto para buscar la comida.

No sonriais, lectores. Esto ocurre frecuentemente. Numerosos evadidos se han hecho capturar cuando, muertos de hambre en ese océano verde que es el bosque, intentan una reparación furtiva en la esperanza de avituallarse a costas de la penitenciaría.

—Se escondieron en la cabaña del relegado Pianetti—precisa el ayudante.

Denuze se abotona la túnica y, con el cigarrillo cayéndole de los labios, se hunde en la oscuridad. Conoce, como quien dice, el cuento. En 15 minutos esta cuenta de los evadidos está arreglada. Agotados, se entregan sumándose a los sesenta mil evadidos anteriores, desde que existe el presidio.

Esta manera de expiación es el reino de lo imprevisto y de la incertidumbre. A unos 10 minutos del refugio donde se entierran los «niños prodigos» clandestinos, el vigilante Denuze siente una detonación y se hunde verticalmente abatido por una bala que le alcanza en mitad de la cabeza—el tirador ha distinguido en la oscuridad la luz de un cigarrillo, ese cigarrillo que el infortunado guarda pensó que no sería el último.

Instantes después ayudo a relevar a mi colega, una masa sangrante de donde brota un pequeño «geyser» rojo. Ha cesado de vivir.

En la autopsia se ve la bala—un pedacito de plomo de seis centímetros de largo, gruesa como un dedo, indudablemente disparada por un fusil a todas luces fabricado, pieza a pieza, por un evadido.

Ni un elefante resistiría tamaño proyectil. ¡Y cómo abundan entre ellos estos tiernos corazones!

Esqueletos

He guardado relegados en el campo de San Juan de Maroní y el disciplinario de San Luis. ¿Son de compadecer estos soberbios—incorregibles, estos malhechores vomitados por una sociedad colmada por sus fechorías? ¡Juzgad!

Apenas desembarcados estos individuos son sometidos a un régimen de «relegación colectiva». Instalados en casas para 40 hamacas, tienen que rendir a la administración una estera vegetal por día. Al cabo de cierto tiempo, pueden llegar a «relegados individuales». ¡Instalados solos! ¿Muestran signos de enmienda? Pueden beneficiarse con una concesión territorial, dándoseles útiles de trabajo, semillas etc.

¿Tienen la culpa los vigilantes, o el sistema, si estos deportados —a los que tienen envidia los forzados— son incapaces de la enmienda requerida?

He guardado forzados en la terrible penitenciaría de Roches-de-Kouron. Un infierno auténtico. Los «esqueletos», minados por la disentería, devorados por los mosquitos, recomidos por las fiebres, apenas pueden levantar los picos que les sirven para arañar piedras y tierra de unas montañas trituradas por el sol, que cae de plano.

Lejos de estos parias medios desnudos, que explían el máximo de capacidad, he visto en las calles de Cayena otros forzados—culpables de idénticos crímenes—que, habiendo tenido la oportunidad de hallar un filón como sirvientes de familia (empleados en casas particulares), como enfermeros o burocratas, se pavonean dentro de sus trajes cuidadosamente planchados, con su raya impecable del pantalón.

Es esta escandalosa ilegalidad en el castigo la que suministra las excepciones del presidio.

Puede imaginarse la recepción dispensada al penado Crabellj —ex sirviente de una familia en Cayenne— al lado de sus colegas de Roches-de-Kouron, donde fué enviado como medida disciplinaria

ON un lujo inusitado de detalles, más emocionantes unos que los otros, reporteros de talento han escrito la vida de los penados. Interrogados por un periodista, el recluso se torna dulce, blando e insinuante. El lobo se envuelve en la piel de la oveja. Monomaniaco de la mentira es con suma voluptuosidad que esa crápula anonada la cabeza de su interlocutor, que el sol del trópico ha poco menos que perturbado.

El periodista, emocionado invita al penado a cigarrillos, entreabre a veces su cartera, mientras el otro ríe para sus adentros.

Antes, durante el viaje de transporte a la tierra de explotación, los penados han adquirido la costumbre de reflejarse esa Guayana como una manera de paraíso terrestre. Desde que desembarcan, sus ilusiones caen por los suelos y la decepción adquiere tonos dramáticos.

Y es en esa decepción cruel que los hombres se basan—disimulándola en sus inacabables mentiras—para engañar a los que han hecho el viaje para husmear la verdadera vida de los penados.

Sobre los territorios penitenciarios guyaneses hay dos categorías de condenados: Primera, los inadaptables. Estos hombres han tenido en su vida anterior un momento de debilidad, de vértigo o de inhumana inconsciencia. Se llaman Boppe, Bugrat o Mestorino. No pueden soportar la promiscuidad inmundicia de los malhechores profesionales. Se muestran tal como son y se evaden de esta cloaca de una manera o de otra; Bougrat en una

canoa destartada y Boppe y Mestorino en una caja de muerto.

Segunda: los «enmendables», —pero estos son muy escasos,— que se echan de todo corazón a la expiación, trabajan en carnizadamente para obtener las reducciones de sus penas respaldados por la Administración penitenciaria.

Tercero: los «duros» que han aceptado la «marca» del presidio. Los blandos; o, por lo menos, los hombres que en contacto con aquellos se vuelven como ellos. Gente de bajo fondo, población corriente del presidio captado por todos los vicios cuerpos acostumbrados a las enfermedades sociales, devorados en vida por la elefantiasis, invertidos podridos hasta la médula, y delatores... Estos son los forzados. Cuanto a los «regulados», caballos de retorno en la «Martinière», en nuevos cargamentos, no hay nada absolutamente que esperar. Ni de uno solo de ellos ¡Es la podredumbre total!

Se le dice al vigilante.

—He aquí la mano de obra con que tenemos que hacer trabajar.

Y no se dice más —pero el corazón os previene:

—Id con cuidado, pues «esos obreros» os pueden abrir la cabeza de un buen golpe de pala o pico.

«Golpe duro» en la noche

En el campo de San Juan de Maroní —centro de relegación— cae la noche, esa noche pesada y amenazadora de la selva. Adosado a la puerta de su pequeño pabellón, el vigilante Denuze toma el fresco enrollando un cigarrillo. Lleva la capa

sus penas. Por él se metió, joven aún, en aquella casona; por él dejó correr bobamente los años que hubieran podido darle algo más que canas y arrugas; solamente por él había latido apresuradamente aquel corazón al que nunca habían comprendido... La única razón de su vida, la sola justificación de su existencia: Juan.

Y he aquí que cuando su obra de toda una vida va a granar ("—Hijo, cuando seas médico has de llevarme al pueblo donde vayas"), cuando todo el afanoso amor y angustiada ternura de su corazón va a madurar en una dulce vejez tranquila, Juan coge frío y se muere.

No, ella no le olvidaría nunca. Tenía cincuenta años y su vida estaba ya irremediamente gastada.

—Juan, toda la casa huele a como tú olías. No olvidaré nunca tus dientecillos de lobo y tu sonrisa de niño.

Maruja tampoco había olvidado aquellos dientecillos de lobo. Un día, inesperadamente, como todas ellas, recibí otra carta de Maruja. Temblaban las manos de la madre al desgarrar el sobre. Temía no sabía qué. Dentro de ese temor, pronta a saltar, estaba agazapada la pena. Dentro de la pena, una esperanza estúpida. Dentro de la esperanza estúpida, otra vez el miedo. Y dentro del miedo estaba la alegría; una alegría pequeñita y rubia como un niño, una alegría que ponía lágrimas en sus ojos... Alegría... alegría...

Decía la carta:

"No debiera escribirte más. ¿Hay algo más elocuente que tu silencio? ¿Es que acaso preciso de alguna otra prueba? No, ya sé que nada puedo esperar de ti. Lo nuestro terminó, ¡qué se le va a hacer! Pero te escribo, porque quiero yo poner el epílogo a esa novelita ñoña que vivimos juntos y en la cual llevé la peor parte.

Tranquilízate, no he de hacerte ningún reproche. Sufrí mucho, pero bien sabes tú que todas las cosas cicatrizan; las penas, las heridas... La mía ya está casi curada. Durante tres largos meses me desesperé arrastrándome detrás de tu recuerdo. Me he cansado de chillarle a tu sombra. Como si te hubieras muerto... Pero, en fin, no quiero reprocharte nada; todo lo contrario. No quiero hacerte daño, sino bien. Te escribo para tranquilizar tu conciencia. Tranquilízala, Juan. Actualmente vivo sin penas y sin angustias. Estás bien enterrado en mi corazón. No sufras pensando que hay en el mundo una persona que todavía llora y se desespera por ti. No; estate tranquilo, si es que algún día te han chillado los oídos de la conciencia. De todo aquello nada queda. Me quedaban de ti un montoncito de cartas y aquella medallita que me regalaste el año pasado por mi santo. Me quedaba también tu recuerdo. La medallita se me perdió. Las cartas las quemé. Tu recuerdo, sin rencor, se va borrando poco a poco en mí. Nada queda de todo aquello. Acalla tu conciencia. Vive tranquilo. Maruja".

La madre estrujó la carta entre sus dedos. No, no le había olvidado, como decía. Pero comenzaba a olvidarle, porque perdonar, en el mejor de los casos, es comenzar a olvidar.



¡Ay, Maruja; si él se ha muerto! El te quería mucho. ¿Dónde vives? Dime dónde vives y te escribiré una carta contándotelo todo. Yo aquí, sola en medio de estas dos penas... Porque este recibir cartas tuyas es una terrible pena también. Parece como si él estuviera vivo... ¿no lo comprendes? Yo tengo en mitad de mi vida el limpio recuerdo de él. El corazón me pesa como si fuera de azogue. Dentro del corazón hay tan sólo una certeza pequeñita. Esta; él murió. De pronto, una carta tuya. En tus cartas chillas, chillas como un animalito desgraciado al que hubieran hecho daño. Hablas de él, hablas de él como si estuviera vivo... Yo soy la que leo tus cartas. ¿Vas a seguir toda la vida así, chillándole a una sombra? Escucha: mi herida ya casi no me hacía daño; el dolor, cuando es grande, borra al propio dolor. Yo ya sabía que él se había muerto. Era mi único hijo... Pues bien, yo me había acostado, resignada, a lo largo de ese dolor. Y lloraba, sí; lloraba y sufría. Pero lloraba por algo que no tenía remedio; lloraba sin consuelo lágrimas muertas que me hacían bien, como si suspirara fuerte. Pero cuando tú me escribes, cuando leo las cartas que tú le escribes a él, lloro de otra forma. Parece como si aquello tuviera aún remedio, como si pudiéramos dar marcha atrás a la vida, como si la voz buena de Juan anduviera todavía por la huerta, buscándome. Y mis lágrimas son otras. No resbalan tibias y rápidas por la cara; éstas son lágrimas que queman los párpados, gotas vivas que caminan despacio. No caen, andan.

¡Que yo sepa tus señas! Te escribiría una carta contándote por qué no te escribe Juan, explicándote su silencio. ¡Pero si él se ha muerto, Maruja!

"Señorita Maruja X.—Madrid.

Juan murió el 17 de junio, a las seis de la tarde. Dice usted en su última carta que parece que ha muerto. ¡Pero si se murió! ¿Cómo no lo comprendes todavía? Tú que le conocías, ¿le crees capaz de cerrar los oídos a tus cartas? Juan era bueno; tú lo sabes. Juan había terminado la carrera y pensaba casarse contigo. Nunca me dijo nada de esto, pero..."

Y la madre llenaba cuartillas y cuartillas con aquella su letra temblona de trazos flacos y largos como patitas de mosquito. Es-



cribía mucho. Suspiraba. Lloraba un poco. Las lágrimas mojaban su toquilla y emborronaban las letras.

—No veo. Se me está cansando la vista.  
Pero eran las lágrimas que brotaban de sus ojos.

“...y quisiera conocerte, porque así hablaríamos de él y nuestras penas se harían más chiquitas...”

¡Pero cómo no se le ocurriría a aquella muchacha poner las señas!

La madre, sentada a la ventana, cosía sus trapos, y esperaba. Llegó noviembre. Hacía dos meses que la madre no recibía carta de Maruja.

Los caminos se habían llenado de charquitos que reflejaban un cielo gris siempre idéntico. Llovía tercamente. La casa rezumaba humedad. En los atardeceres, de los silenciosos prados verdes se elevaba una tenue neblina. A veces brillaban las estrellas hacia la parte del mar. Soplaban entonces el frío viento norte que oía a marisco y traía en sus rápidas nubes blancas, mabeas y patos que chillaban lastimeramente. Caía el norte para dejar paso al oeste, terco y tibio, que suspiraba entre los manzanos enanos, en los que verdeaba el muérdago. Las vacas, pequeñas y tristes, mascaban resignadamente su chiclet en el prado de detrás de la casona. Las mancas gallinas de boinita roja picoteaban en el patio insectos fofos y pálidos y maíces rubios. Un cerdo—desnudo—, todo conformismo y apetito, gruñía de vez en cuando en la cochiquera. Las celindas, sin hojas, transparentaban las tierras mondas en las que apuntaba el fino vello de la escanda recién germinada. Los álamos... Realmente, todo seguía igual.

Y no venía carta de Maruja.

La madre había perdido a su hijo. De esta cosa de aquí—cielo azul o gris, arbolitos verdes, terneros, sonrisas y penas—, Juan se había hundido en la nada, en la nada espesa y oscura de la que no se vuelve.

Sólo ella, la madre, quedaba aquí con su dolor que mojaba su toquilla e hinchaba su pecho de suspiros; sólo ella, la madre, quedaba aquí—cielo azul o gris, sonrisas y penas—para gritar: “¡Juan existió! Juan fué bueno y sencillo. Lo hice yo. Era mi hijo. Juan existió”. Pero un día se morirá la madre, y entonces ya no quedaría nada de Juan.

Entonces recibió la primera carta de Maruja; la primera carta que se le clavó hondo. Sí, le hizo mucho daño aquella carta. Pero, ¡qué le importaba! Aquella carta le decía que allá en Madrid había una mujer, a la que no conocía, a la que tal vez no conocería nunca, llena de pena, de la misma pena de ella. Aquella carta le decía que allá en Madrid había carne herida por el mismo dolor que le llenaba a ella la garganta de suspiros y le mojaba la toquilla.

Septiembre. Octubre. Noviembre. Sus ojos se cansaron de llorar.

Miércoles, jueves, viernes. ¡Ay, Señor, la carta no llegaba! ¡Nadie os quiere como vuestra madre, hijos!

Cuatro. Cinco. Seis. Los días pasaban lisos, oscuros y presurosos como cucarachas.

Una hora. Dos horas. Tres horas. Redondas, vacías e iguales como ceros.

Y dentro de ellas la granalla de los minutos como gotas de lluvia sobre el zinc.

La carta. Una carta. ¡CARTA!

“No sé cómo me atrevo a escribirte esta carta. Me había jurado a mí misma no volver a escribirte más. Pero hoy... Hoy, Juan, vi a una persona que se parecía mucho a ti. Tu misma manera de andar, tu manera de ponerte el sombrero... Se me encogió el corazón. Le grité tu nombre. No, no eras tú. Fuí para casa y me puse a llorar tontamente. Te escribo. ¿Para qué?, dirás. No es para pedirte que te apiades de mí. Ya sé que es inútil todo lo que te diga; ya sé que esta carta mía ha de caer, como todas las demás, en ese despectivo silencio tuyo. Te escribo porque...”

Lo único que lamento ahora es que estas líneas mías puedan hacerte daño. Yo no quiero hacerte daño. Parecía todo terminado... Pero, ya sabes, soy tonta... Yo quería decirte... He roto tres cartas. Escribo y escribo... ¡me parece que te estoy hablando! ¡Solamente por eso; vi a aquel hombre..., ¡se te parecía tanto!

Perdóname esta carta. Te juro que no he de volver a escribirte más.—Maruja”.



Y luego volvió de nuevo a pasar el tiempo; pero esta vez, en balde, porque ella no volvió a escribir. Cumplió lo que decía en su última carta. Le olvidó; le olvidó, ¡quién sabe por quién! Pero es el caso que no volvió a escribirle.

Cuando se es joven el corazón anda a brincos y se quiere y se odia de pronto, sin razones, instintivamente, como pobres animalitos del Señor que somos. Pero se olvida pronto también. Y Maruja olvidó pronto.

La madre esperaba. Ella sabía que Maruja escribiría, que Maruja no olvidaría a su hijo. ¡Fué tan bueno su hijo! ¡Ella sabía que Maruja le escribiría de vez en cuando cartas de aquellas, o dolorosas o airadas; cartas de aquellas que se le clavaban hondo, pero que en su espera la inundaban de confianza: algo así como si su hijo no se hubiera muerto.

Se acababa el invierno. Encendieron las mimosas sus bolitas amarillas y el río corrió más presuroso que nunca. Engordaron de luz los días. Luego florecieron los almendros. La tierra se llenaba de alegría. En los árboles apuntaron, indecisas, las primeras hojas de un tierno verde tímido. En los atardeceres, la luna de calcopirita anunciaba a las estrellas ateridas por el viento. Las margaritas amanecieron en los campos un día cualquiera, inesperadamente. Se limpiaba de nieve la cordillera peluda. El aire se estrenaba todas las mañana.

—¿Hay carta de Maruja?

—No, no hay carta.

La madre esperaba carta de Maruja.

Llegó el verano. El sol, atizado por el nordeste ardía vivo y alegre en el cielo. Del mar se elevaba una mansa calma. El río, fatigado y enflaquecido, se arrastraba perezoso bajo los avellanos. El campo era sólo de los insectos, borrachos de sol y lustrosos y pequeños como botones. En las sombras, los perros ponían esquinas a la noche. Olía a humo, a heno y a vaca. Las estrellas estrenaban picos.

—¿Hay carta de Maruja?

—No, no hay carta.

La madre esperaba carta de Maruja.

A la vuelta del verano estaba el otoño. Allá, en el pueblo, por el otoño llueve mucho. Llega la noche de prisa. Lluve, llueve y llueve y parece que no ha de parar de llover nunca. Es entonces

cuando las penas chiquitas se esponjan en lágrimas que nunca se asomaron a los ojos. La angustia abre sus alas de murciélago en la garganta. Sopla el viento grande del mar. La niebla se pincha en los tojos y se tumba al pie de los manzanos. El paisaje parece un trapo sucio. Lluve. El agua corre por los cristales con su andar presuroso y titubeante, de lágrima.

—¿Hay carta?

—No, no hay carta de Maruja.

La madre esperaba esa carta.

Cuando iba a comenzar la primavera apagaron las mimosas sus bombillitas y volvieron a florecer los almendros. Corrían los días azules, limpios y fríos.

—¿Hay carta?

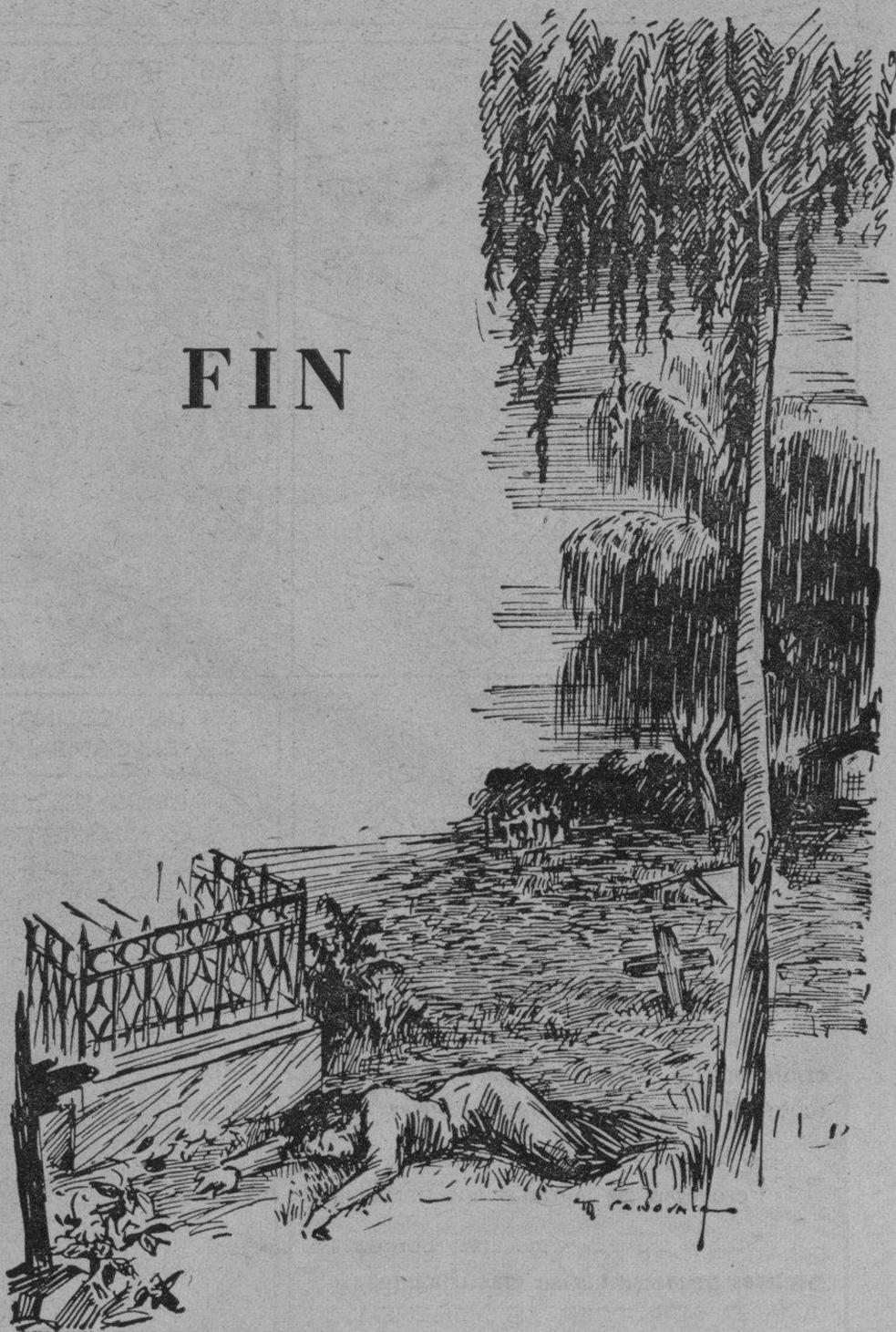
No, no había carta. Pero la madre seguía esperando esa carta que no había de llegar nunca.

“Señorita Maruja X.—Madrid.

No pude decírtelo antes por no tener tus señas. Juan murió hace seis años: el 17 de junio, a las seis de la tarde. Yo sé que tú le querías mucho y que nunca le has olvidado. ¡Quién, que le hubiera conocido, podría olvidarle! ¡Sólo tú y yo sabemos todo lo bueno que era! A veces me desespero, pero ya sé que no debo desesperarme. Cogió frío y se murió de pronto. No tuvo tiempo de escribirte. ¿Crearás que todavía no deshice su maleta? Allí, en su cuarto, está, entreabierta, como él la dejó. Cuando llegue el verano vendrás a pasar unos días conmigo. Escribiré yo a tus padres pidiéndoles permiso. Te enseñaré el jardín, con las celindas que él plantó. Verás qué altas están. Luego iremos tú y yo...”

Etcétera, etcétera.

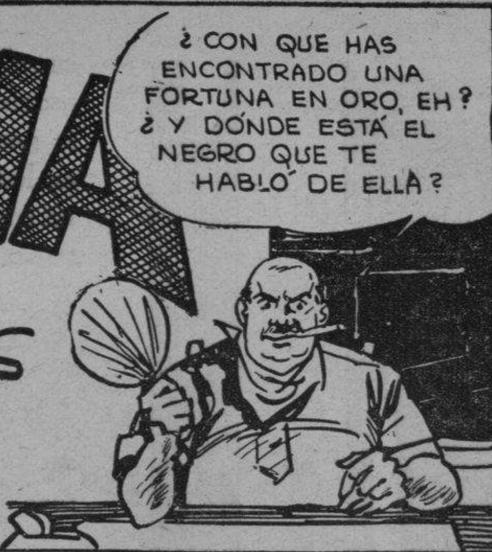
**FIN**



# SAHONA

REINA DE LA SELVA

Por W. MORGAN THOMAS



¿ CON QUE HAS ENCONTRADO UNA FORTUNA EN ORO, EH? ¿ Y DÓNDE ESTÁ EL NEGRO QUE TE HABLÓ DE ELLA?



AQUÍ ESTÁ ENTRA, OGU.



DÍLE LO QUE ME DIJISTE A MI.



EL ATEMORIZADO NEGRO SE INCLINA Y EN MAL INGLÉS REVELA SU SECRETO.

HACIA EL SUR EN EL VALLE DE LOKAR.. SAHONA.. REINA BLANCA... ¡MUCHO ORO!



¿ SABES DÓNDE ESTÁ? ¿ PODRÍAS CONducIRNOS A ÉL?

SÍ, BWANA, SÍ.



EL ARMADOR SE LEVANTA SONRIENDO, MUY SATISFECHO....

MORGAN, CON MI PROPIO DINERO PAGARÉ UNA EXPEDICIÓN QUE SALGA INMEDIATAMENTE PARA EL SUR



ASÍ, POCO ANTES DEL AMANECER DE UN CALUROSO DÍA TROPICAL, UNA EXPEDICIÓN SECRETA, DIRIGIDA POR MORGAN Y GUIADA POR OGU, EL TRAIDOR, PENETRA EN LOS TENEBROSOS CONFINES DEL CONGO BELGA.



GUIADOS POR LOS ASTUTOS DIRECTORES, LOS "SAFARI" AVANZAN RÁPIDAMENTE.. HACIA EL ATARDECER SE DETIENEN...



EN UNA COLINA, MORGAN ESTABLECE EL CAMPAMENTO.

HEMOS RECORRIDO MÁS DE 800 KILÓMETROS. EL RESTO DEL VIAJE SERÁ A TRAVÉS DE LA ENMARAÑADA SELVA.....

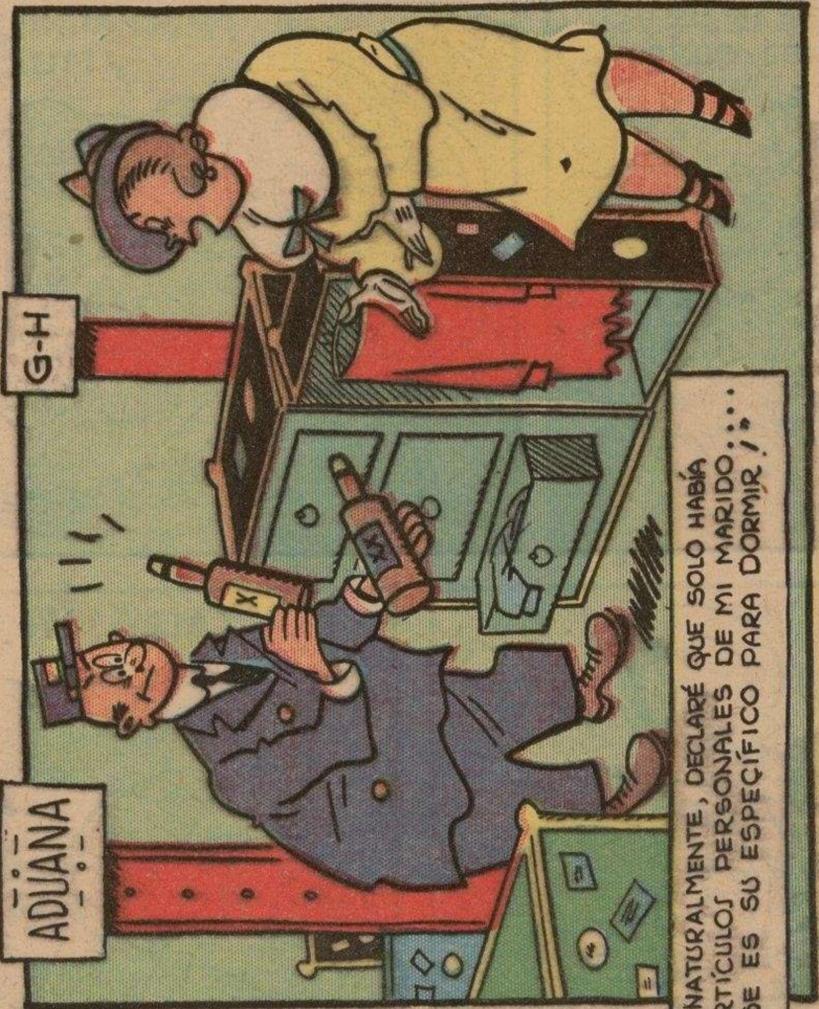


SÍ, Y CREO QUE SERÁ LA PARTE MÁS PELIGROSA DE NUESTRA MARCHA... PERO PENSEMOS EN EL ORO, EN LA GRAN FORTUNA QUE NOS ESPERA....



“LE DIJO QUE POR ELLA SE DESPRENDIÁ DE TODO... Y HA GOMEN- ZADO A DESHACERSE DEL DINERO!”

PAMPLINADAS -



ADUANA

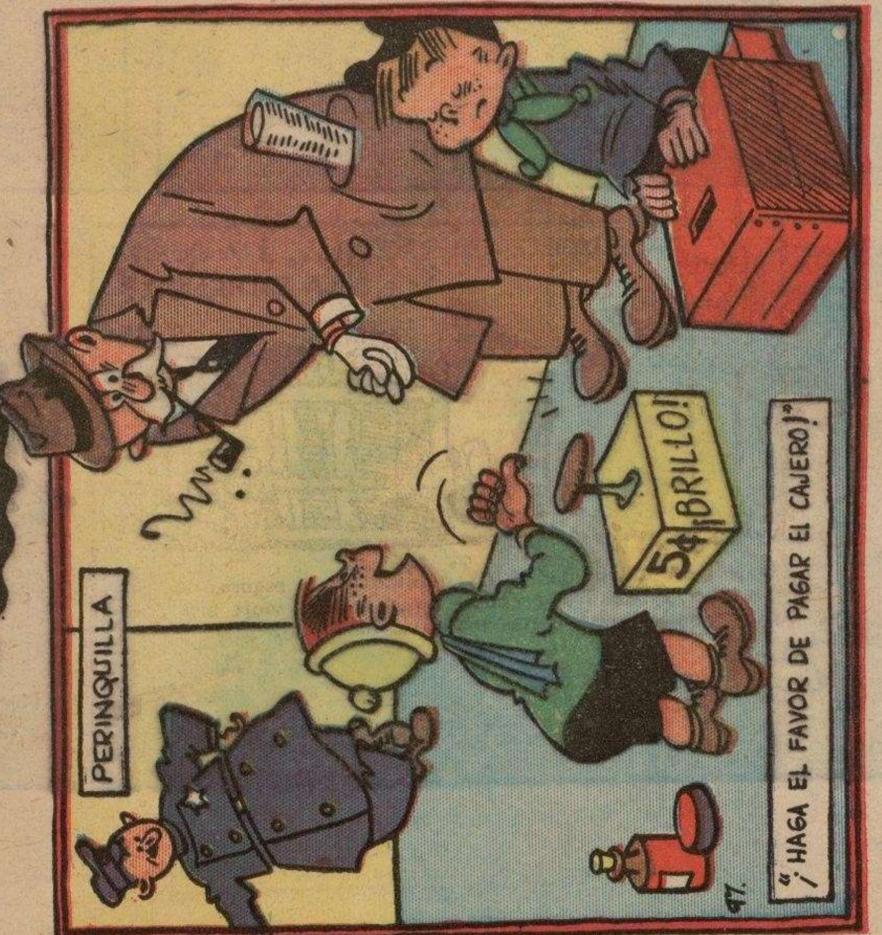
G-H

“¡ NATURALMENTE, DECLARÉ QUE SOLO HABÍA ARTICULOS PERSONALES DE MI MARIDO... ESE ES SU ESPECÍFICO PARA DORMIR!”



CUARTEL DE BOMBEROS No 4.

“ SEÑOR, LLAME AL CUARTEL No. 6, ALLÍ ESTÁN DE PIE TODA LA NOCHE”



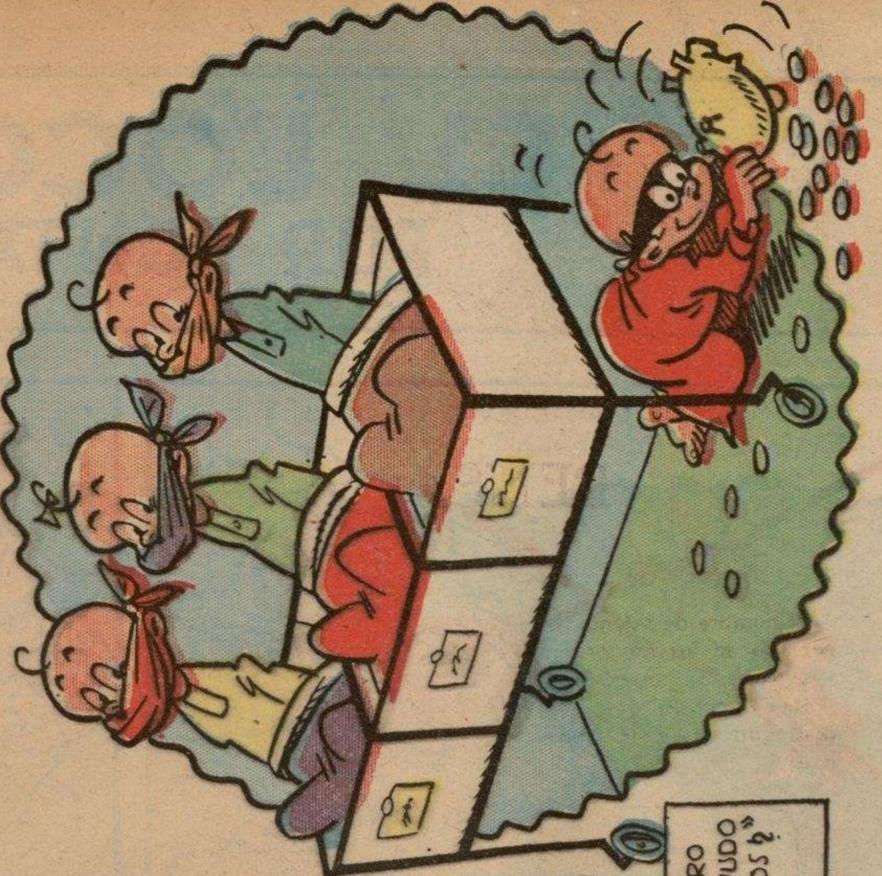
PERINQUILLA

54 BRILLO!

“ HAGA EL FAVOR DE PAGAR EL CAJERO!”



“ ¡ ME DARIÁS OTRO PASTEL SI TE AYUDO CON LOS PLATOS?”



# EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

JUAN SIN MIEDO,  
AUDAZ AVENTURERO  
QUE A TODO SE  
ARRIESGA

